

CORRESPONDENCIA

TUNG-KING

Corrupción de los europeos.—Nuevas cristiandades.—Niño anamita que pudiera servir de ejemplo á muchos europeos.

El Rdo. P. Juan Pagés, de la Orden de Predicadores, desde el Tung-king Central escribe el mes de Julio de 1893:

EN este vicariato central seguimos en paz, gracias á Dios, esto es, tocante á piratas y á guerreros: mas no faltan muchos otros trabajillos que padecer, sin contar otras mil contrariedades que naturalmente surgen para el misionero en Misiones vivas y entre idólatras. Por fortuna, éstos y sus mandarines nos tienen, de ordinario, más respeto y deferencia que algunos de los nuevos dominadores. Porque, si bien no faltan quienes guardan su dignidad de europeos y se portan como cumplidos caballeros y cristianos; también, por desgracia, hay alguno, no sólo sin Religión, sino cuyo proceder es indigno de la noble y religiosa nación á que pertenece. De lo cual resulta que sus insultos son mucho más sentidos por nosotros, y causan mucho más daño á estos sencillos anamitas. Con sus denigrantes ejemplos y corrompidas costumbres, estos anamitas se van corrompiendo también, pues con uno que vean así, como á todos comprenden bajo un nombre, ya dicen en general que los tay, es decir, los europeos, siendo como son cristianos, tampoco observan nada... Conviene notar que para los tunquinos todo europeo es cristiano ó lo tienen por tal, y por esto resultan mayores y más perjudiciales los escándalos. Nosotros, no obstante, procuramos hacer todo lo que está de nuestra parte, y con la ayuda del Señor algo se consigue; como se ve por las estadísticas anuales. Es, sin embargo, el fruto muy insignificante, si se atiende á los grandes esfuerzos que se hacen al efecto. Dios Nuestro Señor nos lo tenga en cuenta. En este partido de Bao-Dap, que está á mi cargo, este año he podido fundar una cristiandad y un pueblo de nueva planta, después de más de dos años de desvelos y cuidados. Contar toda la historia sería cosa interminable, y tal vez

molesta para los que no estén al corriente de los trámites legales de estos reinos, y de los ardides sagaces de estos mandarines y de sus agentes. Compendiaré, pues, del mejor modo que me sea posible.

Es el caso que esta provincia de Nam-Dinh acaba de ser dividida en dos, y han tomado por línea divisoria un brazo del gran río que la dividía casi por mitad. Antes de la división muchos pueblos tenían campos en ambas partes del río; mas ahora, hecha la división, las partes respectivas de ambos lados los han perdido, porque han mandado formar nuevos pueblos en las nuevas fracciones de la materna. En este caso se hallaba comprendido mi nuevo pueblo y cristiandad. Pero sus vecinos eran unos pobres é ignorantes, sin letras y sin chapecas, que son dos grandes recursos en todas partes del mundo, y aquí en Tung-king mucho más.

Las primeras para poder seguir los trámites legales, y las segundas para hacerlos valer delante de los tribunales.

Había, pues, algunos próceres de la otra parte que contaban con ambas, con las cuales pensaban derribar á estos infelices y cogerles los campos, en cuyo caso éstos hubieran tenido que tomar las de villa-diego con sus mujeres é hijos, ó quedarse sobre el campo, pero hechos esclavos de aquéllos. Vinieron apurados á pedirme les ayudara en aquel negocio y prometiendo hacerse cristianos. Examiné el asunto, y vi que estaban en su derecho, y que era una injusticia completa lo que se quería hacer con ellos.

Entonces me decidí á poner manos á la obra.

Después de algunas idas y venidas á la capital, y de muchas comunicaciones á las Autoridades francesas y anamitas, cuyos dependientes estaban sobornados con la plata de la otra parte, se pudo arreglar y llevar adelante la cuestión.

Hubo una ocasión en que los dos Residentes de ambas capitales habían dado una resolución mandando desistir de la causa, pues la tenían por injusta. Mas les hice ver claramente las trampas é injusticias de los agentes y de la otra parte; y he aquí que después de algún tiempo recibo un comunicado muy atento de la Residencia de Nam-Dinh, cuyo Residente me decía: «que acababa de dar una resolución definitiva al negocio de mi instancia, y según los deseos por mi manifes-



RMO. P. FR. LUÍS DE PARMA, general de los Franciscanos
(Pág. 454)

tados, y que me lo comunicaba para mi conocimiento y satisfacción."

Después de la resolución del Residente, fácil fué conseguir de las Autoridades anamitas todos los demás requisitos para la formación legal del nuevo pueblo.

Los principales son: 1.º la distribución de nueva estadística por los mandarines; 2.º nombramiento de alcalde del nuevo pueblo, y 3.º la entrega del nuevo sello del mismo pueblo, con los cuales quedó formado el nuevo pueblo civilmente según los estatutos y leyes del reino. Por nuestra parte nombramos también paborde, sacristán y demás oficiales de costumbre, y con esto quedó también constituida nueva cristiandad. Porque con los nuevos bautizados consta ya de más de cien almas, que es el número que aquí se suele fijar para considerar las cristiandades perfectas, y asignarles Santo Patrón con diploma del ilustrísimo señor Vicario apostólico. Estos diplomas los tienen en mucho aprecio y respeto, por lo cual los reciben con mucha solemnidad, y luego los guardan en unas cajitas hechas al efecto, las cuales, de ordinario, las barnizan y doran muy bien. Los infieles tienen también sus diplomas, que el rey concede á ciertos ídolos ó fingidas divinidades que éstos creen que tienen mucho poder y valimiento, sobre todo para curar enfermedades. ¡Qué infelices!

Hace poco que fuí á visitar á este nuevo pueblo-cristiandad, y siguen muy fervorosos y contentos. Tienen ya una buena casita de enseñanza, que sirve de iglesia provisional, y con el tiempo y la ayuda de Dios se hará una iglesia decente.

Tiene la ventaja este pueblo de ser todo cristiano. Su nombre es Bung-Lai, que es el que tenía el antiguo natal perteneciente á la nueva provincia, cuyo nombre le han mudado con el de Hai-Bung.

Contiguo á esta misma cristiandad estamos formando otra, y actualmente estoy agenciando para ver si consigo para ella casi el mismo beneficio de la anterior, y en este caso es probable que resultaría una cristiandad más numerosa, pues es pueblo grande, cuyos infieles, vista la comodidad de los cristianos ó recién convertidos, los imitarían en hacerse cristianos, con la ayuda de Dios se supone.

Hay ya bastantes bautizados, y otros que todavía son catecúmenos, y siguen fervorosos. Estos, aunque no son ricos, están mucho mejor que los de la otra cristiandad, y son además bastante instruidos en letras por habérselas con los de la otra parte y con los infieles sus contrincantes de ésta, y así me ahorran bastante trabajo. A pesar de estar ya dispuestos, los he tenido más de un año sin bautizarlos, para probarlos bien antes. No obstante, ellos han seguido fieles á su propósito, y á sus expensas edificaron la iglesia escuela, que es decentita y bastante capaz.

Hace unos cinco ó seis años que se formó ya otra cristiandad en estos mismos campos, la cual es formada ya y sigue bastante bien.

Este partido de Bao-Dap consta de treinta y cuatro cristiandades ó pueblos grandes y pequeños divididos en cuatro regiones, y la región de que estoy hablando consta de nueve pueblos, y la mayor parte de ellos son cristianos nuevos. En todas estas cuatro regiones hay muchos otros pueblos infieles en los cuales no hay, por

desgracia, ni un cristiano. Con un pueblo de cristianos nuevos de aquella región tuve que pasar no pocos quebraderos de cabeza, para impedir que los infieles hicieran una pagodilla en un terreno que desde antiguo era de la iglesia. Porque la antigua cristiandad que allí había, en tiempo de la persecución desapareció, como muchas otras, y por consiguiente desapareció también la iglesia ó casa-iglesia que hubiera. No obstante, el dicho terreno fué siempre respetado por los infieles de aquel mismo pueblo. Después, viendo éstos que yo me interesaba por el dicho terreno, á fin de instaurar allí de nuevo la antigua cristiandad con una familia cristiana antigua que quedaba de aquélla, y con otras del mismo pueblo que me habían pedido abrazar nuestra Sacrosanta Religión, se decidieron á hacerme la contra. La razón es, porque ellos se temían otras consecuencias, las cuales, si bien muy legítimas, no eran favorables para los notables del pueblo, tan tramposos como casi todos los de Tung-king. No quiero contar toda la historia, pues sería larga y molesta, y además tendría que poner algunas circunstancias que me hicieron padecer mucho, pero que no son del caso referirlas aquí.

Diré solamente que, cuando se vió que los infieles mediante la plata habían conseguido facultad para edificar una pagodilla en el dicho terreno, entonces fué cuando se creyó que no se podía callar ni dejarlo así sin menosprecio de la Religión. Los superiores, pues, me mandaron que presentara mi queja y protesta en la capital: lo hice en efecto, lo cual no me fué difícil, pues obraban en mi poder todos los documentos fehacientes, y algunos estaban firmados por los mismos contrincantes míos. Esto, prescindiendo de otros documentos que están en los archivos de la Misión. Los infieles, no obstante, estaban en la persuasión de que los tales documentos se habían perdido. Las Autoridades se quejaron, y con razón, porque no había presentado mis quejas con anticipación; pero como la falta no había estado en mí, hice caso omiso, y seguí mi pleito contra la corriente de la plata y los ardides de los mandarines.

Estos, como buenos infieles, defendían á los suyos, especialmente uno á quien aquéllos le habían prometido poner su nombre en la misma pagodilla para darle adoración, lo cual era muy del gusto del soberbio mandarín; pero á mí me importaba eso muy poco, pues sería otra razón más para que tuvieran que derribarla después. Porque está prohibido por las leyes del reino el culto ó adoración á persona alguna aún viviente, y severamente castigado el que tal hiciera.

Mientras edificaban la dicha pagodilla vino con mucha simulación el prefecto de Toparquía de aquel lugar, diciéndome:

—Padre, ¿sabe que aquellos infieles siguen edificando la pagodilla? Yo juzgo que el Padre no lo debería dejar así, pues es un gran bochorno para la Religión y para nosotros también, pues ellos creerán que ya no les podemos hacer nada.

Dudando yo, y con razón, de si era mandado por los mismos infieles para explorar mis intenciones, me hice también el disimulado y le respondí:

—En los años que llevo en Tung-king he derribado bastantes pagodas, como tú sabes; muchas de ellas

valían por diez y por ciento como esa que están edificando. Déjalos, pues, que vayan siguiendo su obra, que tiempo llegará de derribarla.

Sin duda que el hombre no esperaba semejante respuesta, pues mirándose de fijo y medio estupefacto, se levantó pidiéndome licencia para retirarse, y haciendo sus reverencias de costumbre se despidió. Mala cuenta daría de su cometido, según parece, porque desde entonces aquellos miserables no continuaron con su obra diabólica, mas sí renovaron sus esfuerzos en la capital. Pero al fin pasaron la vergüenza de tener que derribar lo que habían ya edificado de la pagodilla, con estrecha prohibición de la Residencia y de los mandarines de tocar más aquel terreno.

En lugares de cristianos nuevos siempre hay historias que dan mucho que hacer y padecer también. Son como niños que se les tiene que traer y llevar en brazos continuamente; pues en todas sus cosas y negocios no saben más que acudir al Padre misionero y á los catequistas. No obstante, también Dios Nuestro Señor reparte con mucha frecuencia sus divinos consuelos, los cuales muchas veces hacen olvidar todos los trabajos pasados.

Para terminar, referiré un caso, por el cual V. R. podrá comprender el grado de instrucción religiosa que damos á estos tunquinos, y el natural despejo de que están dotados tanto los hombres como las mujeres.

Es el de un niño que se acercó á confesarse, y que tendría á lo más unos doce años, según comprendí por el tonillo de la voz. Le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que te confesaste?

—Padre, hará unos seis meses.

—¿Cuánto tiempo te has examinado?

—Desde esta tarde, Padre.

—Pues ¿cómo te atreves á ir á confesar habiéndote examinado tan superficialmente? ¿No sabes que es pecado ir á recibir los Santos Sacramentos sin la debida preparación?

—Padre, ello así parece; mas realmente el examen no es superficial, porque esta tarde no he tenido más que recordar los pecados de los exámenes cotidianos, y así me he examinado pronto.

—Pero ¿es cierto que te examinas todos los días?

—*Reverencias* al Padre, todos los días, una vez á lo menos, hago mi examen, antes de ir á acostarme, de todos mis pensamientos, palabras y obras de todo aquel día, y luego me arrepiento bajito; y solamente habiendo hecho esto me atrevo á ir á dormir, por lo cual cuando voy á confesar me examino muy pronto...

¡Así aquel niño! se habrá notado que dijo, que en los exámenes cotidianos se arrepentía bajito. La razón de hablar así es, porque cuando van á confesar rezan el Acto de contrición á grandes voces y sollozos, sean muchos ó pocos los confesados. Es de advertir también que el niño de que hablo, no era de los que están en la Casa de Dios, que están más desocupados y tienen medios de estar instruidos; sino que era de los de afuera, ocupado todo el día en las faenas particulares en que los emplean desde pequeños sus padres, sobre todo cuando son pobres. Y no obstante se explicó de aquella manera. Casos parecidos me han sucedido con otros niños, y también con niñas de la misma ó menos edad.

COREA

Noticias de un misionero sobre la guerra

Una carta que el venerable Vicario apostólico de Corea dirige con fecha de 3 de Julio al Rdo. Hinard, director del Seminario de las Misiones Extranjeras de París, da la versión exacta de la grave crisis que perturba actualmente á la península coreana. Nos apresuramos á dar cuenta de esta correspondencia de un testigo autorizado de los sucesos, que permite rectificar algunos puntos de lo que se sabía acerca del conflicto.

El actual estado de cosas depende de una rebelión de indígenas coreanos, designados bajo el nombre de *Tong-hak*, quienes por sus exacciones han sido causa de que los chinos y los japoneses traigan aquí sus tropas, so pretexto de proteger á los nacionales respectivos...

Ha quince días que ya no se presta atención á los *Tong-hak*, sino á los japoneses, que han desembarcado aquí sus tropas.

Antes de su llegada, el Gobierno coreano hizo saber á todos los ministros y cónsules, especialmente á los japoneses, que ni en Seul, ni en los puertos abiertos, corrían peligro alguno los extranjeros. Por otra parte, todo el mundo estaba persuadido de ello, y los primeros los japoneses, quienes, sin embargo, siguieron persistiendo en su resolución, y llegaron las tropas anunciadas. Se hubiera comprendido, en rigor, que hiciesen venir algunos cientos de soldados; pero los japoneses entraron en Seul por millares, con el clarín al frente y con los ademanes propios del que va á país conquistado; acampando, parte en el interior de las murallas y parte en el exterior. Ocuparon todas las alturas, los desfiladeros, y las posiciones ventajosas de Seul á Chemulpo. Sus puestos hallanse unidos por el teléfono, y las patrullas circulan continuamente. Conducen los cañones á través de las calles de Seul, y atraviesan así toda la ciudad, pasando ante el palacio real. El ejército actual de ocupación cuenta cerca de diez mil hombres, con gran número de caballos y de piezas de artillería.

Cuando ya no tuvo razón de ser el primer pretexto, los japoneses inventaron otro: dijeron que al notificarles, según los tratados, su intervención armada en Corea, les había ofendido la China, diciéndoles oficialmente que intervenía en calidad de soberana. A las observaciones hechas por China primero, y por Rusia y Francia después, los japoneses dieron solamente su palabra de que venían tan sólo para proteger á sus súbditos, los cuales siempre han tenido que sufrir cuando China ha conducido soldados á Corea. Declararon además que ellos retirarían sus tropas cuando China retirase las suyas.

En la actual situación, los japoneses son incontestablemente los dueños del país. Si quieren declararse protectores de Corea, no necesitan más que decirlo y será cosa hecha.

El desorden y el temor reinan en todas partes. Seul ha perdido su antigua fisonomía. Las calles están desiertas, y los mercados sin parroquianos. Muchos de nuestros cristianos que vivían fácilmente de su trabajo diario, vense ya reducidos á la miseria, porque no se encuentra nada que comprar ni que vender. Tan sólo los portadores de sillas de mano hacen buen negocio conduciendo á sus provincias á los que huyen.

Cuéntanse toda clase de accidentes sucedidos á los viajeros. Han naufragado varios barcos, y multitud de gentes han encontrado la muerte huyendo de ella. Varias mujeres de condición, que partieron con lo mejor que tenían, han sido desbalijadas en el camino, volviendo á los pocos días con las manos en los bolsillos.

¿Se aclarará esta situación por la vía diplomática? Además de los esfuerzos que hace China para inducir á los japoneses á retirarse, he oído decir que el embajador de Rusia en el Japón ha hablado categóricamente en este sentido.

De todos modos, los japoneses se gastan estando aquí sin hacer nada, y sus soldados no se hallan muy entusiasmados con la estancia en Corea.

Los calores y las lluvias han ocasionado numerosas enfermedades. Además, aun bajo su mismo punto de vista, se engañan si creen ganar estimación y simpatías con sus maniobras. Desde los más altos á los más bajos todos les detestan, y los representantes del Mikado podrán pagar caro más tarde este miedo que han hecho concebir al país.

Cuanto á nosotros, no podemos menos de temer por Corea, si los japoneses ponen sobre ella la mano.

Quise escribiros algo acerca de la situación actual, porque supongo que los diarios del Japón, de Shanghai y de Europa, publicarán muchas falsedades. Bueno es que estéis informados de la verdad de todo.

A las familias de los misioneros que estuvieren inquietas, podéis decirles con seguridad que no corremos peligro alguno serio. Las últimas noticias que nos llegan de varios puntos son tranquilizadoras.

GOLFO DE GUINEA

Modo de evangelizar á los africanos

EXAMINADO lo relativo á la Comunidad y Colegio de los niños de Cabo San Juan, escribe desde Fernando Poo con fecha 18 de Julio de 1894 el reverendo P. Armengol Coll, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, y vistos los terrenos que para el cultivo se les habían señalado, después de dar las disposiciones que me parecieron oportunas, con los Padres Guiu y Sutrias y el H. García, nos dirigimos por mar á Uloba, pueblo pamue de unas doscientas almas, entre las cuales se hallan algunos cristianos. El viaje fué rápido y feliz, gracias á Dios: nuestra ballenera, con el viento en popa, iba á vela tendida, siguiendo su rumbo con el máximum de velocidad que es posible á los botes de su tipo. Fuimos bien recibidos de nuestros neófitos, de quienes obtuvimos una afectuosa visita, la cual les pagamos con algunas prendas de ropa recibidas de nuestros bienhechores de la Península. No puede V. figurarse cuán contentos se fueron los pobrecitos.

Luego nos acomodamos en la casita que allí tenemos. Reinaba en ella la santa pobreza con todos sus atavíos; pero ¡qué hermosa nos parecía! Las paredes de tabla de carabú sin labrar, el techo de bambú; los aposentos de 2'50 metros cuadrados, eran dos; durante el día, uno de ellos nos servía de sala de recibimiento y cocina, y el otro para todos los actos de Comunidad. De

noche ambos se convertían en dormitorios. Seguíamos el horario como cuando estábamos en casa: meditación, Santa Misa, conferencias, exámenes; para todo teníamos tiempo y aun nos sobraba para rezar el Rosario entero: los recreos los teníamos en la playa: vivíamos muy alegres.

El método de catequizar era el mismo que seguía San Francisco Javier en la Pesquería. Después de la última Misa tocábamos la campana, y un joven cristiano, hijo del rey, daba algunas voces á manera de pregón, y cada mañana nuestra modesta capilla albergaba por espacio de tres cuartos de hora unos treinta hombres y otras tantas mujeres que oían la palabra de Dios con una avidez admirable. Comenzábamos diciendo en su idioma: *Por la señal de la santa cruz*, etc.; luego el *Padre nuestro*, *Ave María*, *Credo* y Mandamientos, también en la lengua del país. A los tres días ya sabían algunos santiguarse, y otros además recordaban varias palabras del *Padre nuestro* y casi todos los Mandamientos. Sobre cada uno de éstos hacíamos una sencilla explicación, y preguntándoles si les parecía bueno y justo, contestaban todos: ¡*Ah! Sí, Padre*.

A las nueve hacíamos una visita á los enfermos, que ellos agradecían mucho, y tenían en nuestras medicinas mucha confianza. No faltó alguno, sin embargo, que se llamó enfermo por amor á la medicina. Vió que al rey le dábamos *fruit salt*; y como notara la efervescencia que producía en el agua fría, le pareció aquello una cosa sobrehumana y comenzó á *quejarse de dolor de estómago*. Dímosle dos ó tres tomas, y el dolor no desaparecía. De esto nos valimos para demostrarle que en él no estaba indicada esa medicina.

Por la tarde, á las cinco, volvíamos á llamar al pueblo pasando por las calles con una campanilla, y de ordinario el concurso era mayor que por la mañana. Una vez reunido el auditorio en nuestra iglesia, seguíamos el orden antedicho, con gran provecho de aquellas gentes; en lo cual se dignaba el Señor manifestarnos prácticamente cómo San Francisco Javier, ayudado de la divina gracia, podía en un mes dejar misionado un pueblo y dispuesto á recibir el Evangelio. A las seis y media se concluía el acto, para que la gente se fuera á cenar, y una hora más tarde se oía de nuevo la campanilla por la calle para llamar al Santo Rosario, que rezábamos en la casa *Consistorial*. La llamo así porque en ella se reúnen los ancianos siempre que se trata de algún asunto de importancia.

Está situada á las puertas del pueblo, y fortificada exteriormente por una puerta-muralla de recios troncos. Allí nos encomendábamos á la Madre de Dios con nuestro rebaño de cristianos, los cuales se arrodillaban durante la primera decena del Rosario y después de la quinta: los gentiles estaban sentados con grande silencio, porque lo consideraban un acto sagrado. Al Santo Rosario seguían algunos cantos sencillos, de que ellos gustaban tanto que al tercer día ya contestaban el estribillo: ¡*Viva María, viva el Rosario!* etc. A continuación les hacíamos una cortita exhortación, tomando pie de alguna de las estrofas que habíamos cantado, hasta que llegaba la hora de retirarnos, que era á las ocho y cuarto. Por la calle los pequeñuelos se nos colgaban de la sotana, y cogiéndonos la mano daban

saltos y voces demostrando mucha alegría. ¡Qué días tan placenteros para nosotros! La desgracia estuvo en que fueron cortos. Había llevado á los referidos Padres Guin y Sutrias para darles unos días de solaz y aliviarles algo de la carga, y ni ellos ni yo podíamos faltar muchos días en nuestros puestos respectivos, juntándose á esto la indisposición de uno de los Padres.

Por manera que con harta pena hubimos de retirarnos, dejando no más que los cimientos del edificio espiritual. Encargamos al joven hijo del rey, antes mencionado, que cuidase de rezar diariamente el Santo Rosario con los cristianos, y el Rdo. P. Sutrias visitará con la frecuencia posible aquel campo abonado, á fin de que no quede sin fruto la divina semilla tan suavemente recibida.

Adiós, mi querido Padre; ruegue por estos pobres catecúmenos, y á los señores bienhechores que con tanto desprendimiento les dan el sustento corporal, me atreveré á rogarles que añadan á ella la limosna espiritual de la oración por estos pobres negritos.

AMÉRICA MERIDIONAL

Nueva Misión en Pangoa.— Cambio feliz de los infieles.— Interesante estadística.

El Rdo. P. Fr. Tomás E. Hernández, prefecto de Misiones, escribe al reverendísimo P. General de los frailes Menores de la Observancia Fr. Luis de Parma, desde Pangoa, el 31 de Agosto de 1894:

REVERENDÍSIMO Padre: Acabo de llegar á esta nueva Conversión del Pangoa, cuya historia es como sigue:

Hace siglo y medio, esto es, el año 1742, se perdieron todas nuestras Conversiones de infieles del Cerro de la Sal, que comprendían la zona que á los grados 10°5' de latitud y 2° de longitud, según el meridiano de Tenerife, se extendían hacia el Sud hasta los grados 12° de latitud y 30°30' y por ciertos lugares hasta 5° de longitud, según el mismo meridiano; pues no quiero servirme de ningún otro mapa sino del que levantó el Rdo. P. Fr. Manuel Sobreviela, guardián que fué de mi apostólico colegio de Santa Rosa de Ocopa, por ser, á mi juicio, el más acreditado por haberse hecho por una persona tan digna de fe y con los abundantes datos de nuestros misioneros antiguos, que palmo á palmo recorrieron

los territorios que describen, y permanecieron largo tiempo (casi doscientos años) en ellos.

En el citado año 1742 un indio homicida, huyendo de la justicia, se internó por las montañas de Huanta á las Conversiones de infieles que florecientes cultivaban nuestros misioneros, y por justos juicios de Dios sus mentirosas incitaciones surtieron un efecto inesperado. Toda la montaña se sublevó, y aun llegó su eco hasta las inmediaciones del Ucuyali, que algunos cunivos surcaron con sus canoas para dar obediencia á dicho criminal, que se intitulaba hijo del sol y descendiente de Athahualpa.

Entre tanta deserción sólo permanecieron fieles los indios de la Conversión de Santa Cruz de Sonomoro, quienes prefirieron dejar su patria antes que su fe, y saliendo de la montaña fueron á vivir en la sierra cerca de Jauja, y allí sucumbieron por no atemperarse á



AFRICA ORIENTAL.— Un bosque virgen en el Kilima-Ndjaró. (Pág. 443)

un frío tan desproporcionado con su natural compleción. (*Historia de las Misiones de Ocopa*, cap. 29, por el P. Amich).

Por esto desde niño, cuando leí esa historia, simpatice con ese nombre de Santa Cruz de Sonomoro, y cuando indignamente me impusieron el cargo de la prefectura de nuestras Conversiones, dirigí la vista á estas regiones.

He tenido la dicha de restaurar las Misiones de Huancabamba, fundando el pueblo de Quillasu con el Rdo. P. prefecto, que entonces era el P. Fr. Juan Pallás, en unión de otros Padres: de aquí pasé á la fundación de las Misiones de San Luís de Shuanu, dos leguas distantes del Cerro de la Sal: con el que fué prefecto inmediato antecesor mío Rdo. F. Sala, en mi prefectura he fundado la Conversión de San José de Sogormo, de indios amuestras, como las otras dos, y cuando iba á fundar el intentado pueblo de Yurinaqui entre los campos, sobrevino el impedimento de que la *Peruvian Corporation* decía ser terrenos suyos los que habitaban esos indios, y que no quería Misiones en ellos.

Hice mis representaciones ante el Gobierno, y convencido de que nada conseguiría aun cuando lograra vencer legalmente, cambié de táctica y pensé haber llegado el momento de realizar mis añejos y ocultos deseos, y dije: Voy á Sonomoro.

En esta resolución me hallaba, cuando recibí una carta en que los vecinos de Pangoa pedían que fuese á implantar la Misión en sus tierras, esto es, en los mismos lugares de Sonomoro que yo apetecía y ya había determinado visitar. No vacilé, y al día siguiente de recibir la carta me puse en camino. No eran pocas las dificultades que se me presentaban. La historia me advertía que, entre las diferentes entradas á la montaña, la más penosa era la de Andamarca al Pangoa, pues hay que atravesar tres ramos de cordillera, está lleno el camino de ciénagas y atolladeros, saltos de piedras, barro, laderas peligrosas, cuevas y bajadas fatigosas, etc., etc. No me arredré por esto, ni aun por el espectáculo que se me ofreció estando ya en Andamarca, viendo á no pocas personas afónicas ó con las narices gangrenadas, efectos de la horrible llaga denominada *ota* ó absolutamente *llaga*, que apareciendo primeramente en la muñeca ó la pierna, acaba por atacar la garganta ó las narices, produciendo los horribles efectos que menciono y terminando por una paulatina muerte. Nada de esto me arredró; puse mi confianza en Dios, y me abandoné á su santa voluntad.

Hice felizmente mi viaje, y me presenté á los infieles, los que no hallé en halagüeñas disposiciones. Dividí á los pocos cristianos que habitan en estas apartadas regiones de los infieles ó *chunchos*, como vulgarmente los llaman, un río que no puede pasarse con canoa ni balsa por lo pedregoso y rápido de la corriente, ni por puente por carecer de él, y que hay que hacerlo, exponiéndose á ser arrastrado por el agua, con el apoyo de un palo. Agarrado al cinturón de un seglar devoto, pasamos el río, y á los tres cuartos de legua llegamos á las casas de los infieles. Reunidos los encontramos como unos treinta entre hombres, mujeres y niños.

Como son descendientes de apóstatas, y sus antecesores, principalmente por estas inmediaciones, se man-

charon con abundante sangre franciscana en la muerte que dieron á varios misioneros nuestros, por cuyo motivo fueron debidamente castigados, no nos recibieron con tan buen talante; pero nos soportaron: les empecé á distribuir agujas, gargantillas, pañuelos, espejos y cuchillos, con lo que ya fué asomándoseles la risa á los labios; sobre todo los niños se me pusieron á mi lado, de donde en toda la noche no se me separaron.

Nada placentera fué la intimación que me hizo el más adusto ó fanático de los indígenas.

—¿Para qué vienes aquí? me dijo: no quiero que hagas casa en esta mi tierra. Anda, vete á Andamarca, que es la tuya, porque si estás aquí, te cortaremos el pescuezo, concluyó, pasándose los dedos por la garganta.

Yo me reí y lo dejé. A estos llaman satipukis, cuyo nombre les viene de un río, á cuyas orillas habían vivido.

Otra parcialidad hay más al Oriente de éstos, á los que no sé por que error llaman vulgarmente sonomoristas, siendo en realidad los verdaderos pangoinos, pues viven á orillas del ramo principal del río Pangoa, de donde suelen tomar sus diversas denominaciones, aunque sean de la misma tribu, como acontece con estos satipukinos y sonomoros, que se diferencian en el nombre y todos son campos.

Distaba la nueva residencia de Misiones que he fundado, dos leguas de las casas de los pangoinos, ó por equívoco llamados sonomoros, y en compañía de algunos seglares y del H. Matías fuí á entablar nuestras relaciones con ellos. Llegamos al río, á cuya opuesta orilla habitan, y no vimos sino á un muchacho jugando en el agua: al vernos, se fué haciendo muecas á avisar á los demás infieles. Aparecieron como una decena de ellos, entre otros el capitán llamado Churihuanti, á quien ya conocía por haber venido á verme en mi residencia. Le hice señas para que pasase á mi orilla; pero él fué recorriendo toda la línea de la suya inspeccionando cuánta gente éramos. Me alejé de todos para infundirle confianza, repitiendo por señas mi invitación á que pasase á donde yo estaba. Después de prolongada indecisión se arrojó al agua dicho capitán Churihuanti, y cuando estuvo al medio del río, empezó á hacer como que se ahogaba, y se fué aguas abajo, siguiéndole por la orilla sus compañeros, hasta que escabulléndose por entre dos piedras desaparecieron todos, y ya no nos dejaron ver sino pedruscos solitarios.

Algún tanto contrariado, dispuse bajar una legua más abajo, donde según tradición estaban los restos del antiguo Sonomoro; y habíamos subido del cauce del río al monte y dado algunos pasos, cuando oímos silbidos y gritería de los chunchos: miramos ocultos entre el ramaje, y vimos que venían con unos grandes calabazones llenos de una bebida hecha de yuca fermentada, que en vulgar lenguaje llaman masato. Bajamos nuevamente al álveo del río, y unos nadando, otros con la balsa, pasaron á nosotros. Después de cambiar su bebida y sus yucas con agujas y pañuelos, pedí que me hospedasen en sus casas, á lo que se resistieron con frívolos pretextos; pero en realidad, además de la sugestión diabólica, por su natural tímido y desconfiado.

Venía la noche cerca, y así hicimos una chocita de

palmas para dormir, después de compartir con ellos nuestras pobres y escasas provisiones. Dormí perfectamente, y al amanecer vinieron unos ocho infieles cargados de yucas, y me acompañaron hasta la casa que habitamos, habiendo logrado mucho más de lo que hará como dieciocho ó veinte años intentaron otros Religiosos de mi apostólico colegio de Ocopa, quienes, habiendo visto los infieles al otro lado del río y convidándolos á que pasasen á ellos, cuando el chuncho estando en medio del río vió á la gente que, por demasiada cautela quizá, acompañaba al Padre misionero, arrojó la balsa, salió nadando, y quemando su choza se huyó. Yo había logrado verlos, hablarlos y entablar relaciones.

Sin embargo, no estaba satisfecho aún, y quise salir con mi empeño de llegar á sus moradas, y así, dando un gran rodeo, fuí á vadear el río por la parte superior, y después de pasar el brazo mayor con una balsa que construimos, á los tres días de caminar por el monte me encontré en la casa deseada. Con mi repentina aparición salieron gritando las mujeres, y en el instante apareció un infiel empuñando arco y flecha, y trémulo de cólera. Pronto se sosegó; era Churihuanti, á quien ya había visto: reprendió á las chillonas mujeres, nos convidamos mutuamente con nuestros regalos, y ya no tuve que dar el rodeo anterior para regresar á nuestra casa alojamiento, sino que el mismo capitán Churihuanti me pasó con la balsa á la otra orilla, y me acompañó á mi residencia. Por último, á fines de Septiembre del año pasado, en vez de hacer mi viaje á la otra Misión de San Luís de Shuaru, por entre los cristianos, quise verificarlo por entre los infieles, pasando por tierra en tres días desde el Pangoa hasta el río Perené, navegando dos días dicho río hacia arriba, y caminando de nuevo día y medio por tierra, llegando sin novedad á dicha conversión de Shuaru.

Toda mi táctica en todo esto era desterrar las impresiones que Satanás y sus agentes, los hombres malos, han infundido en esos pobres ignorantes acerca de los Padres misioneros, como si de tratar con nosotros hubieran de morir, enfermar, etc., á fin de impedir nuestra conversación con ellos, y así su conversión á la fe, y esto, gracias al Señor, lo vamos logrando.

Cuando el año pasado por Julio llegué á estos lugares, los infieles nos despreciaban y amenazaban; ni aun querían mirar la imagen del Redentor, nuestro adorabilísimo Jesús. Ahora no tan sólo no huyen de nosotros, sino que nos están haciendo ellos mismos la casa-convento, vienen á la capilla, y nos prefieren á los demás. No quiero decir que ya estén convertidos, pero sí ciertamente resalta el adelanto de ayer á hoy: que ya augura bienandanza, lo que antes parecía situación desesperada.

Las demás conversiones de la Asunción de Quillasú, de San Luís de Shuaru, y las dos del Ocali, llamadas Cayaria y Cashiboya, siguen en el estado del año anterior.

Desde Junio del 1892 hasta Mayo del 1893, en el pueblo de Cayaria se han hecho 100 bautismos, 20 matrimonios, 130 confesiones.

En Cashiboya se han hecho 130 bautismos, 21 matrimonios; 321 confesiones.

En el año pasado de 1893, en la conversión de la Asunción de Quillasú, se han administrado:

Bautismos, 60. Cinco de indígenas, y cincuenta y cinco de los cristianos cercanos á la Misión.

Casamientos, 5. Uno de indígenas, y cuatro de los dichos cristianos.

En la conversión de San Luís de Shuaru se han administrado 117 bautismos. Veintiocho en el mismo San Luís y los ochenta y nueve restantes en el caserío contiguo de la Merced.

Matrimonios, 25. Quince en la Misión, y diez en dicho caserío. Confirmaciones, 22.

En la nueva residencia de San José di Sogormo, también de Amueshas, como la anterior, se han administrado: Bautismos, 8.

En la novísima Conversión de Santa Cruz en el Pangoa: Bautismos, 1 (ya asegurado en el cielo); de cristianos, 3; matrimonios, 6, de los cristianos residentes aquí. Esta novísima Residencia de Santa Cruz en el Pangoa para la conversión de los campos, se halla á los 11° y 38' minutos aproximadamente de latitud Sud, y á los 303° y 3' de longitud, según el meridiano de Tenerife.

Ya he enviado al cielo las primicias de esta Conversión en el alma de un parvulito, que tuvo la dicha de lograr la gracia bautismal.

Al mismo tiempo asistimos en lo espiritual á los cristianos de estas apartadas regiones, que sólo se diferencian de los chunchos en el bautismo que recibieron. Hemos bautizado 3 niños, y enlazado con el santo Matrimonio 6 amancebados.

El temperamento es benigno y caluroso: las enfermedades que se conocen, aunque no endémicas, son: la terciana, que hace unos cuatro años hizo mucho estrago, y la *influenza*, que se dejó sentir este año pasado benigna para los cristianos, y algo perniciosa para los infieles por su incuria en curarse.

Lo que es endémico, es la *llaga ú ota*, de que he hecho mención más arriba. Sin embargo, ni á mis amados compañeros ni á mí nos ha atacado hasta ahora. Confío que el Señor nos guardará, y pongo en sus divinas manos mi salud y mi vida.

Trabajos no nos faltan, ya de caminar á pie por barro hasta la rodilla, empapados en agua, durmiendo sobre el barro, cubierto solamente con hojas, sin ropa á veces para mudarnos de noche, ni con que cubrirnos en la misma; sin casi comer, ni dormir; pero, *in omnibus his superamus propter Eum, qui dilexit nos*. Verdaderamente que no gozo de tanta alegría al encontrarme entre las honestas comodidades de mi Colegio como entre estas penalidades. Me parece que así comienzo siquiera á ser un fraile menor. Sea todo en servicio y alabanza de la Divina Majestad.

Encontraré V. Rma. algunas tachaduras en este escrito; mas su bondad paternal me dispensará de no reproducir en limpio esta relación, pues en esta región hay bastantes mosquitos, que se ceban á su gusto en nuestros descalzos pies y piernas, que las tenemos

quien más quien menos hinchadas, y yo con algunas llaguitas, y á seguir escribiendo me agravaría demasiado.

Al mismo Rmo. P. Luís de Parma escribe el Rdo. P. Fr. Ignacio Riccioni, prefecto del Chaco Austral, en la República Argentina:

En las expediciones que desde el 8 de Octubre de 1890 hasta 15 de Agosto de 1893 hemos hecho en varios puntos del Chaco, se han bautizado 173 hijos cristianos y 160 indígenas, administrando además 30 matrimonios de indígenas que vivían en el estado natural.

Hemos solemnizado la Semana Santa conforme á la costumbre. Las festividades del Señor y de la Virgen con Misa solemne y bendición del Santísimo Sacramento; los demás días de fiesta con plática, escuela de Cristo por la tarde, esto es: Rosario, Letanías y bendición con el Copón.

Las Comuniones han sido de 700 á 800 en el año, y como de 40 á 50 de primera Comunión.

Asimismo se enseña y explica la doctrina cristiana con más esmero en la Cuaresma para el cumplimiento de Iglesia.

ENTRE LOS AINOS

INDÍGENAS DE LA ISLA YESO

El Ilmo. Berlioz, obispo Hakodaté, escribe sobre aquel lejano país el siguiente relato al Rdo. Marnas, que dos veces ha visitado las Misiones del Japón, por cuya suerte muestra interés vivísimo:

Viaje al país de los ainos

HACE pocos meses, cuando paseábamos juntos por la playa de la Bahía de los Volcanes, tratamos con gusto de la evangelización de nuestros queridos salvajes, deseosos de hacer bendecir á Dios en una nueva lengua, y de concurrir con nuestro humilde trabajo al cumplimiento de la profecía de San Juan: *Ex omni tribu et lingua!*

Mas cuando llegábamos al capítulo de las dificultades, nuestra confianza disminuía considerablemente. ¿Cómo, en efecto, entrar en relaciones con esta raza pusilánime, á la cual una servidumbre de veinticinco siglos ha hecho sumamente desconfiada? Grandes serán las dificultades por lo que atañe á las costumbres, y sobre todo á la bebida. No menor será la oposición por parte de la familia y de la tribu, de esa tribu en que la rutina ejerce verdadera tiranía. Asimismo transcurre mucho tiempo antes de familiarizarnos con una lengua que no tiene profesores ni escritura. Además la población aino, diseminada en la inmensa extensión del Ezo, exigirá numeroso personal y considerables gastos, cuando no podemos hacer frente á las obras que traemos entre manos, y nos hemos visto obligados á despedir á seis catequistas.

Pocas semanas después de los últimos ejercicios espirituales de los misioneros, un cristiano de la Bahía de los Volcanes escribió á Hakodaté una carta para anunciarnos que los protestantes acababan de instalar una Misión en un nuevo centro aino, y que para coger á los salvajes en sus redes heréticas, habían abierto en

Sapporo un hospital donde les cuidarían gratuitamente. Contestéle que deseábamos vivamente dedicarnos á la conversión de los ainos, y que me buscara un individuo de la tribu que quisiera venir á pasar el invierno en Hakodaté para iniciarnos en su lengua. Nuestro cristiano trató el asunto con dos jóvenes, que aceptaron al pronto, pero que desistieron á última hora.

Fracasadas estas tentativas, no tuvimos más remedio, para llevar adelante la empresa, que embarcarnos el P. Rousseau y yo en un buque que se dirigía á Mombetsu, en la Bahía de los Volcanes; si bien el Océano, desmintiendo su nombre de Pacífico, nos obligó á hacer escala dos días en la rada de Mororan, retardo que fué providencial.

A cosa de una legua de la ciudad de este nombre hay un pueblecito aino-japonés, conocido con el nombre de Edomo, compuesto de treinta familias, las dos terceras partes de ainos. Decidimos visitarlo, y al llegar nos rodearon los muchachos, y los curiosos nos contemplaban desde el umbral de sus chozas.

Nos dirigimos á la vivienda que nos pareció más importante, habitada por una familia japonesa, y después de los saludos de costumbre pedimos de comer.

—Nada podemos ofreceros, nos contestaron el huésped y su mujer, pues no tenemos otros manjares que arroz y patatas.

—Los aceptamos con mucho gusto, y de seguro los encontraremos suculentos.

Mientras nos preparaban la comida, Harima, tal era el nombre del japonés, nos habló de los ainos, y cuando supo que el objeto de nuestro viaje era el estudio de la lengua de los salvajes, nos ofreció sus servicios para que fuésemos admitidos en una familia de ainos.

—Pero, añadió, tendréis que resignaros á sufrir frío, malos alimentos y suciedad...

Terminada la comida, nos despedimos, y habiendo calmado el viento Noroeste, pudimos continuar nuestro viaje hasta Mombetsu, donde tenemos tres familias cristianas, y algunos amigos paganos que manifiestan deseos de instruirse. Además, un anciano aino de la vecina aldea es muy amigo del guardián de nuestra cabaña.

Una vez instalado allí el P. Rousseau, le dejé entregado á sus estudios de japonés y de aino, y volví á Edomo, sólo distante cuatro horas cuando el mar está tranquilo. Así es que éramos casi vecinos.

Harima pareció desconcertado cuando me presenté en su vivienda con mi equipaje; no obstante ofrecióme hospedaje, y después de agradecérselo, con reserva de aceptarlo si no podía acomodarme al género de vida de los salvajes, me acompañó á la choza de un aino, Saraguru. Al llegar á la puerta, conforme el ceremonial empieza á toser para anunciarse, y yo le imito. La dueña de la casa está sola: nos mira de reojo, y nos contesta en mal japonés que su marido salió para pescar y no volverá hasta la tarde.

Mi introductor logra que sea yo admitido desde luego, y que se proceda al aseo de la cabaña; poniendo el colmo á su bondad, negociando por sí mismo las condiciones de mi admisión.

La choza de Saraguru

Nada más sencillo que la choza de un aino: está construída con cañas y tiene tres aberturas: una puerta, una ventana profana y otra sagrada. (*V. el grabado de la pág. 448*).

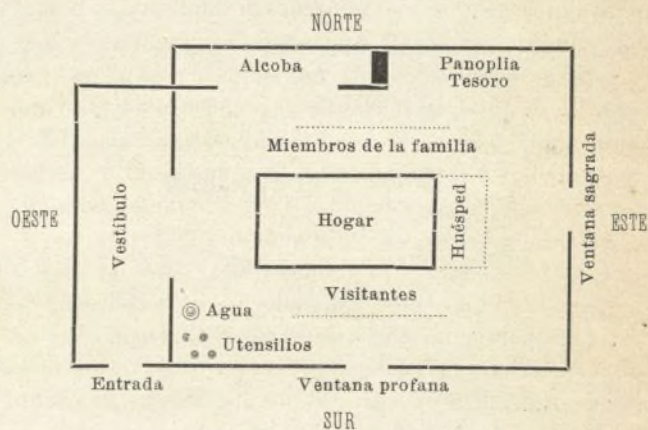
La ventana sagrada ocupa el centro de la pared opuesta á la puerta interior: mira á Levante, y contiene uno ó varios cráneos de oso: entre ellos hay varios bastones de sauce, de los que con un cuchillo se han hecho virutas, que caen en espiral como prolongadas cabelleras. Es el *inao*, el exvoto favorito de los ainos. La ventana sagrada está exclusivamente destinada al culto, y hacia ella se vuelven para invocar á los dioses y diosas: un solo acto de irreverencia, el escupir en ella, por ejemplo, es suficiente para profanarla. ¿Por qué consideran divina la parte del Este? ¿Por qué reservan esta abertura para los usos sagrados?

—Porque tal es la tradición de los antepasados, contestan invariablemente los ainos; tradición que no admite comentarios.

La única puerta exterior da acceso á un vestíbulo que ocupa el lado opuesto á la ventana sagrada. En este vestíbulo, cuando hace mal tiempo, se admite por favor al perro, sin que se le permita cruzar el umbral que da al interior: semejante privilegio está reservado al gato.

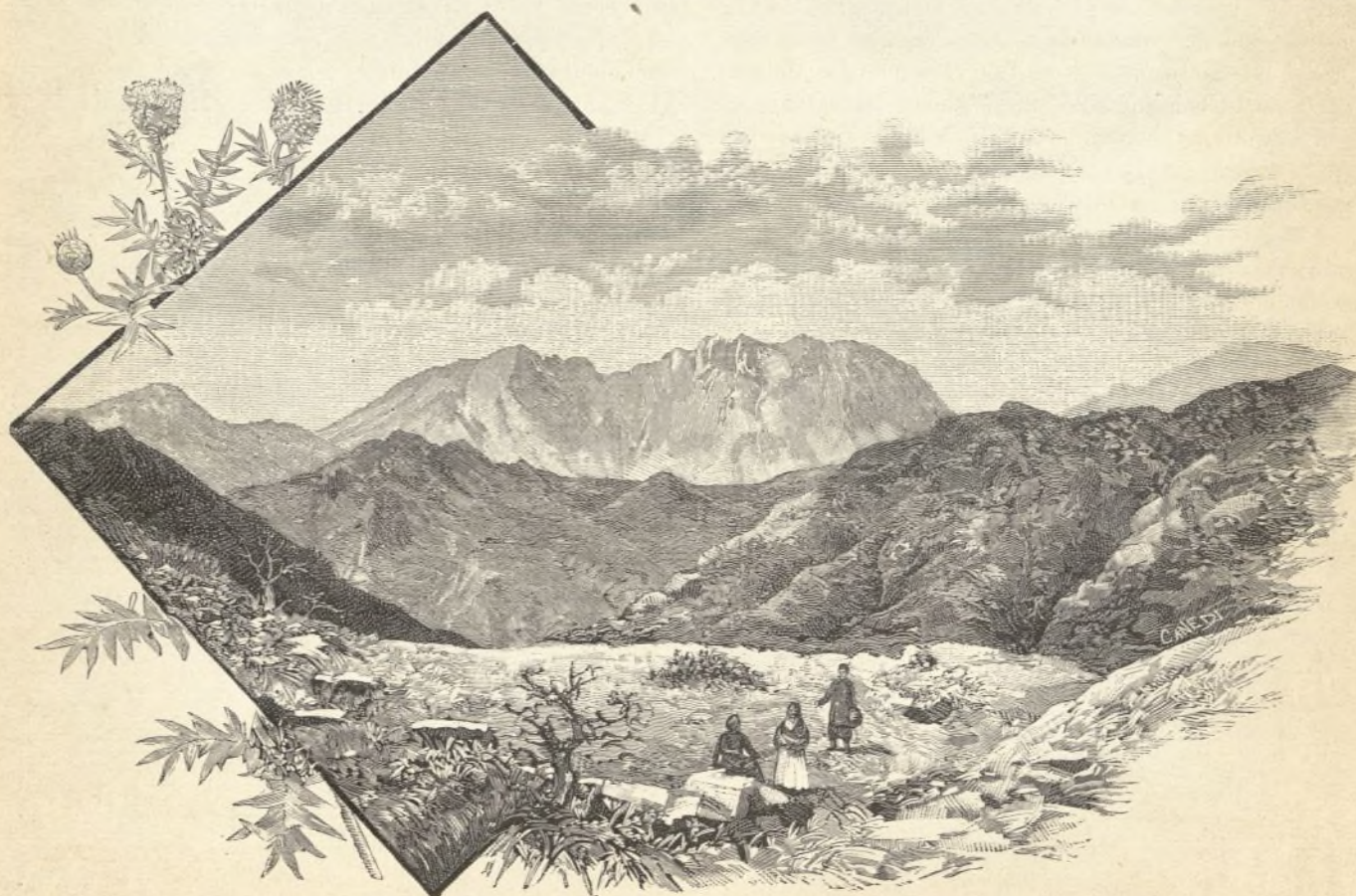
Estas gentes, aunque salvajes, tienen el sentimiento de la dignidad, lo que apenas sospecharía quien al entrar en el recinto habitado lo viese obscuro, ahumado, sin orden y sucio. Felizmente hace mucho frío, y el hogar absorbe toda la atención.

Esteras dispuestas al rededor del fuego, invitan á calentarse; pero el lugar que debe ocupar cada uno está estrictamente determinado. A izquierda se colocan los miembros de la familia; las mujeres más cerca de la puerta: los visitantes comunes se ponen en cuclillas al frente: el lugar opuesto á la entrada se reserva para las personas de distinción, y nadie se atreve á instalarse allí sin invitación expresa. El plano que sigue completa mi descripción:



Plano de una choza de ainos

La estructura de estas viviendas es constantemente la misma, y sólo varían las dimensiones. En todo el país aino se advierte la misma orientación, los mismos muebles; no hay cosa alguna arbitraria. Si á alguien le ocurre discrepar un poco del estilo tradicional, tiene que obtener primero el consentimiento de sus primos (todos los ainos son primos), consentimiento



ARABIA.—El Serbal, visto desde el uadi ech-Cheik. (Pág. 447)

que sólo se acuerda mediante copiosas libaciones de leche de *daimio* (nombre que dan al aguardiente de arroz).

Harima vino á advertirme que Saraguru había regresado, y que todo estaba dispuesto para recibirme, habiéndose convenido que yo satisfaría cincuenta céntimos por día. Económico es el precio, pero dándome arroz y patatas por toda comida, nada perderán.

Saraguru (*V. el grabado de la pág. 445*) tendrá unos cuarenta años: su continente es tranquilo y modesto, y su fisonomía sería casi simpática si no la velase un no sé qué que acusa la degradación del salvaje. Conforme la costumbre de su tribu, lleva la barba larga y los cabellos á la nazarena, si bien no es nazareno por lo que se refiere á la bebida. Todo el mundo sabe que la embriaguez es el defecto dominante de los ainos.

El traje de Saraguru apenas difiere del japonés, y en él llaman la atención unos adornos en forma de cruces. Esta particularidad hizo decir al P. Diego de Carvalho, martirizado en Senday el año 1624, que tales cruces eran quizá un vestigio del apostolado de Santo Tomás. (*L. Pagés, Histoire de la religion chrétienne au Japon*, parte I, pág. 447).

Haru-tuka, su mujer, tiene á corta diferencia la misma edad que él, y la desfigura lastimosamente un picado azul fuerte en la boca, el entrecejo, las manos y los brazos. El de la boca tiene la forma de bigote. Bajo una cabellera que cae en desorden y cortada algo corta por detrás, aparecen en las orejas unos pendientes de tres centímetros de diámetro. Adórnanla dos collares, uno de tela negra, con dos medallones de plata, y otro formado de glóbulos de metal blanco, algunos de ellos del tamaño de un cascabel. Al verla comprendí la exactitud de esta observación de De Maistre: «No puede contemplarse un momento al salvaje sin leer el anatema escrito, no sólo en su alma, sino también en la forma exterior de su cuerpo.» Entre los ainos este anatema se advierte especialmente en la mujer.

Los niños, aparte sus ojos hundidos y una expresión más tímida, en nada se distinguen á primera vista de los que pertenecen á la raza invasora, pues visten y se portan como ellos: no obstante, no pronuncian el japonés de la misma manera, y parecen menos inteligentes. He advertido mucha ternura y confianza entre padres é hijos, lo que no deja de ser notable, tanto más cuanto esto es muy raro en el mundo asiático.

(*Se concluirá*).

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

XX.—La ascensión

EXCELSIOR! — *A través del bosque virgen. — Una noche en las altas mesetas. — Una Misa por el África en un altar de tres mil metros de altura.*

Hemos visto ya los distritos más importantes y poblados del Tchaga: Marangu, Matchamé, Useri, Rombo al Este, y Kibongoto al Oeste, y los puntos á donde no hemos ido nos son conocidos por verídi-

cos informes: nuestro programa, empero, no está aún cumplido. *Excelsior! Excelsior!*

El propósito del Ilmo. Courmont era subir tan alto como fuese posible. Estamos aquí al pie del más grande altar que haya Dios colocado en este continente: vamos, pues, á ofrecer el santo sacrificio de la Misa y á orar allí por el África entera. *Introibo ad altare Dei: ad Deum qui lætificat juventutem meam.*

Todo está dispuesto para la subida. Viene con nosotros el Sr. de Eltz, y como de costumbre tomará á su cargo la intendencia, nos acompañan dos guías que nos proporcionó Mandara, y escogemos entre nuestros hombres los de más juvenil ardor y de mejores piernas. El Dr. Baxter, de la Misión inglesa, llega á última hora con su perro, cubierta la cabeza con descomunal sombrero, destinado á servir de paraguas contra los chubascos, y de quitasol contra los ardores del astro del día: trae además una manta para defenderse del frío, un *waterproof* contra la lluvia, un vestido forrado con espesa capa de uata para prevenir los enfriamientos, pantalones acolchados contra... el doctor nos explicó contra qué, pero ahora no lo recuerdo; por último, un fusil en forma de arcabuz contra elefantes, búfalos, leones, panteras y otras bestias dañinas de la montaña. Con tal cargamento, el buen hombre no ha dado cien pasos cuando ya suda la gota gorda; pero le alientan sus principios, y partimos.

Atravesamos luego las colinas, y costeano el senderito que corre cerca de un canal donde el agua salta alegremente bajo los helechos, pasamos cerca de la bella cascada de Nanga, límite de los Estados de Motchi y Uru; nos internamos por los arcos de clemátides con soberbias flores, y llegamos así á una especie de meseta que en la actualidad se está desbrozando para tener plantaciones de alubias.

—¿A dónde vais, nos preguntan los trabajadores, á dónde queréis ir á perderos hoy?

—A lo más alto de la montaña.

—¿Hasta el bosque?

—¡Hasta el cielo!

Al oír estas palabras nos miran compasivos, como diciendo:

—Estos infelices extranjeros no conocen el espíritu que guarda nuestras montañas. ¿Acaso es preciso ir tan lejos para buscar la muerte?

A derecha é izquierda se ven colinas cubiertas de arbolado, barrancos profundos y torrentes que se precipitan en gargantas invisibles y cuyo imponente ruido suspende á menudo nuestra marcha.

Excelsior! Penetramos ya en el frondosísimo bosque. El sendero, cada vez más angosto es húmedo, resbaladizo, cubierto de plantas de rápido crecimiento, interceptado por lianas y cortado por enormes troncos de árboles muchas veces seculares, derribados por la última tempestad. El riachuelo cuyo curso seguimos baja presuroso, lleno hasta los bordes, dando vida á prodigiosa cantidad de plantas, entre las que se distinguen begonias, bolsaminas y dos especies de llantén, de anchas hojas verdes con dibujos negros.

Mas ¿como pintar el bosque para dar de él alguna idea? El sol ha desaparecido, y ni siquiera vemos el cielo. Verdor y sólo verdor por todas partes, pero de

matices diversos y graduados según la especie y la distancia: en unas partes ningún horizonte, y en otras profundos precipicios que causan vértigos: aquí las formas elegantes y pintorescas del helecho arborescente; allá la inextricable red de grandes mimosas, que, salidas de no se sabe dónde, buscan la luz é instalan sus hojas y á veces sus flores sobre el lejano ramaje que se extiende en lo más alto: en todas partes débiles arbolillos que en muchos años no logran abrirse paso entre sus hermanos mayores, y que vegetan mezquinos sin esperanza de que lleguen á ver el sol.

Mas lo que nos asombra son los troncos enormes de esos árboles del bosque, masas prodigiosas, viejas como la montaña, llenas de jibas, surcadas de huecos, y cubiertas de mimosas, orquídeas, helechos, musgo, arbustos y aun árboles, una entera capa de vegetación parásita que allí crece como en terreno propio. A veces sus ramas, abrumadas con tan grave peso, caen con estrépito sobre los árboles inmediatos, proporcionando á éstos, como sucede en la especie humana, inesperada ocasión de subir á su vez. No es raro que el viejo gigante, carcomido, caiga tronchado en día de imponente tempestad, cuando el bosque se estremece como en un acceso de calentura, retumba el trueno, multiplicanse los rayos, cae la lluvia como una manga, silba el viento con violencia infernal, y el mismo suelo tiembla como si fuese á entreabrirse. Entonces se derrumba, arrastrando consigo todo lo que alimentaba en su tronco y ramas, y aplastando cuanto se cobijaba á su sombra.

Fuera de eso, ningún ruido se oye en el bosque inmenso, excepto alguna vez el paso del elefante hollando las malezas. No se percibe el canto de un ave ni el rumor de un insecto.

Pero lo que sobre todo imprime carácter á este paisaje, es un aire saturado de humedad fría y penetrante, que nos cala hasta los huesos, que nos envuelve, que se deposita sobre nosotros en gotitas plateadas, formando arriba, al lado, por todas partes, como una especie de atmósfera blanquecina y palpable, de un género sobrenatural, y en la cual los árboles, los helechos y lianas toman á cierta distancia el aspecto de sombras fantásticas. Involuntariamente le embarga á uno la idea de que se halla á las puertas del infierno, en un rincón de ese bosque que el Dante describe al principio de su poema inmortal:

En medio del camino de la vida
Yo me encontré junto á una selva obscura...

Sin embargo, á medida que subimos, los árboles son cada vez más raros, y cambia de aspecto la vegetación. Los brezos que hallamos á la entrada del bosque virgen, en un claro donde, como por una ventana abierta, hemos abarcado la llanura inmensa con los riachuelos que la surcan, son aquí más más numerosos y grandes, tomando el aspecto de verdaderos árboles. Ya no más begonias ni balsaminas, sino variados helechos, licopodios, una violeta delicada y linda, pero sin olor, compuestos extraños, plantas extraordinarias, un mundo nuevo.

Excelsior! Mediante una subida rápida llegamos á una especie de pradera, en donde el suelo cubierto de musgo conserva el agua como una esponja: aquí por lo

menos podemos aventurararnos sin temor, y es una verdadera delicia coger al paso gladiolos soberbios, escabiosas y renúnculos. Vuelan aquí y allá algunas mariposas de colores grises, y óyese á veces el canto débil de un pájaro. (*V. el grabado de la pág. 437*).

Subimos otra cuesta cubierta de árboles pequeños, torcidos y miserables, y llegamos al fin de este bosque singular que ciñe la masa del Kilima-Ndjaró como un cinturón inmenso: tres mil metros.

Aquí una especie de meseta se extiende ante nosotros en forma de parque ligeramente ondulado, cubierto de hierba fina y adornado con grupos de árboles. Mas de todos ellos cuelga un liquen gris y húmedo como luengas barbas agitadas por un viento débil, semejando viejos patriarcas trocados en árboles. Entre el césped se ven siemprevivas, muchas especies de geránios, grupos de ajenjos y pequeños berzos en flor. Y arriba, la niebla, más densa aún que en el bosque, más blanca, húmeda y fría. Nada de rayos de sol: sólo luz atenuada, silencio absoluto, tristeza confusa é invasora, como si fuese un paisaje de la ciudad de los muertos.

Absorto iba en mis pensamientos, cuando súbitamente óyese á nuestra espalda una denotación como la explosión de una mina. Vuélvome con viveza, y ¡gran Dios! veo al doctor por el suelo y con ambas piernas al aire... Llegado al campamento, ha querido sin más tardanza ensayar su arcabuz, tomando un árbol por blanco, y el rechazo del arma le ha arrojado al suelo. Poco tarda, empero, en levantarse sano y salvo, y dice con la mayor calma:

—¡Eso ha sido una tentativa!

Junto á un hueco hay una fuente de agua helada, que es lo que nos conviene, y en poco tiempo quedan armadas las tres tiendas: una para los cargadores, otra para el Ilmo. Courmont y el P. Augusto, y la tercera para el Sr. de Eltz, el doctor y yo.

Son las cuatro. Nuestros hombres buscan leña, y el cocinero del Sr. Eltz, un criollo de las Seychelles, nos prepara la comida, que todos despachamos con apetito. Pasámos la tarde en excursiones rápidas al rededor del campamento, y nos reunimos luego junto á los fuegos hasta la hora del descanso.

Su ilustrísima se retira á su tienda. Los bagajeros, á causa de que en la suya sienten frío, atizan el fuego, y prefieren pasar la noche al raso, refiriéndose sus impresiones, y recibiendo el agua que de vez en cuando cae sobre sus hombros al fundirse la niebla. ¡Cosa notable! los negros, que, como es sabido, están armados contra los grandes calores, sobrellevan también los fríos pasajeros más fácilmente que nosotros: semidesnudos como andan, nos sería imposible pasar fuera de la tienda en noche semejante. Esta resistencia especial débese á su sensibilidad general mucho más débil, y á la capa del pigmento negro y graso que tapiza la parte interior de su epidermis.

El Sr. de Eltz y yo nos habíamos ya acostado, envueltos en los cobertores de lana que el mismo Mandra nos había prestado, cuando entra el doctor gritando con toda la fuerza de sus pulmones:



LOS PRIMEROS CRISTIANOS EN LAS CATAUMBAS. (Pág. 456)

—¡Dyombo! ¡Dyombo!

Al momento acude el criado á descalzar á su viejo amo, operación difícil que termina con notable éxito, cayendo al suelo el muchacho por un lado y nuestro hombre por otro, y quedando el zapato entre los dos.

Al amanecer, mientras mis compañeros de tienda duermen tranquilamente, me levanto sin hacer ruido y me dirijo á la puerta. El frío es intenso: 3° centígrado, siendo así que estamos acostumbrados á 30 por lo menos. La niebla se resuelve paulatinamente en lluvia fina y glacial, y algunos cargadores, acurrucados al pie

til, empiezan las oraciones y se termina el Sacrificio... En cualquier parte del mundo en que un sacerdote lo ofrezca, tiene sin duda el mismo valor: sin embargo parece que aquí, entre las manos de un Obispo enviado por el Vicario de Jesucristo á la raza más abandonada de la tierra y en la cumbre más alta del país que ocupa, parece, digo, que la Santa Víctima pide á Dios con mayor instancia misericordia y salvación. ¡Ojalá que de aquí, como de elevada fuente, desciendan sobre todas las Misiones del Continente Negro ríos de gracia en cuyas orillas crezcan las flores y los frutos de la moral cristiana!

En esta Misa memorable, celebrada por un Obispo á



JAPÓN.—Saraguru, su mujer y sus hijos. (Pág. 442)

de un árbol junto á carbones medio apagados, semejan esos cadáveres momificados que se hallan en las sepulturas indias.

Lentamente me dirijo hacia la tienda de su ilustrísima.

Benedicamus Domino! digo al llegar, según la antigua y hermosa costumbre de nuestra juventud.

Contéstanme con suavidad *Deo gratias!* Pero en el modo con que son pronunciadas estas palabras, comprendo que el buen humor en esta tienda no ha corrido parejas con el de la nuestra.

Así va el mundo: mientras unos ríen, otros sufren. Tal es la ley de las compensaciones. Toda la noche S. Ilma. ha tenido calentura, y se halla quebrantado; pero por nada del mundo dejará de celebrar la Misa que prometió al Africa, ¡y así se dispone el altar portá-

tres mil metros de altura, mi compañero y yo recibimos la Sagrada Comunión, y renovamos el sacrificio, aunque pobre, de nuestras fuerzas y vidas para siempre. ¡Esto es poco, Dios mío, pero lo ofrecemos con sincero corazón!

A las seis, después de un frugal desayuno, el ilustrísimo Courmont, con gran sentimiento suyo, declara se ve obligado á volver á la estación, temiendo que si le sobrevenía un nuevo y más fuerte ataque de calentura, le obligaría á hacerse llevar por los bagajeros, lo que en el bosque sería casi imposible. El P. Gommenginger le acompañará con cierto número de nuestros hombres. ¡Cuán penoso será el descenso á través la densa niebla, y por senderos resbaladizos é inciertos!

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXXVII

Los habitantes

A PROVECHARÉ la ocasión de decir algo en favor de los beduínos, ya que tanto se quejan de ellos en sus libros los viajeros. Los djebeliyeys y aun todos los beduínos de la región meridional y montañosa de la península, merecen que se dé publicidad á sus virtudes. Descendientes de antiguos cristianos; viviendo bajo la protección de los Religiosos, y con frecuencia al servicio de los peregrinos y viajeros á quienes procuran tener contentos, los djebeliyeys dan pruebas de algunas virtudes naturales hasta un grado que una pobre nación musulmana difícilmente puede alcanzar. Su ejemplo ha ejercido notoria influencia en las tribus vecinas.

A excepción de los monjes de Santa Catalina y de veinte ó treinta familias árabes en la aldea de Thor, nueve de las cuales profesan el cisma griego, todos los habitantes de la península son beduínos. Calcúlase su número en cuatro mil hombres. Las mujeres y los niños, como en tiempo de Moisés, no se cuentan. Forman once tribus, y cuatro de ellas viven en el Tih. De estas últimas no podemos decir bien alguno. Se entregan á actos de piratería contra los extranjeros, tienen entre sí frecuentes contiendas, y no desperdician ocasión de robar ganados y camellos, cuando los guardianes no pueden defenderlos. Sin embargo, les abona por lo menos que de ordinario no dan muerte á los pastores, como lo hacían sin escrúpulo los beduínos de Caldea en tiempo de Job (1).

Hablemos de las siete tribus del Sur, llamadas colectivamente Thowarah ó habitantes del Thor.

Cada tribu tiene su terreno perfectamente definido, cuyos límites están marcados á veces en la roca con groseras inscripciones. Pueblo esencialmente pastor, estos beduínos carecen de casas; habitan en tiendas ó cavernas naturales, reunidos en grupos de quince á veinte familias, y salen de su territorio según las necesidades de sus rebaños.

Entre las tribus no hay otra unidad administrativa que la autoridad común del A'gyd, á quien todas deben obediencia en tiempo de guerra. En la paz, cada tribu no reconoce otros señores que sus tres jeques, que más que jefes son árbitros encargados de resolver las diferencias de los miembros de la tribu entre sí ó con los extraños. Su dignidad es hereditaria.

Aunque nominalmente sometidos al Gobierno egipcio, los beduínos de la península no tienen otro deber para con él que llevar anualmente á Suez un corto tributo de carbón vegetal.

Sus medios de existencia son miserables. Escuálidos rebaños de cabras, algunos carneros y dátiles en los sitios menos elevados, constituyen casi todo el alimento que pueden hallar en la comarca. Como les falta absolutamente el trigo, su mayor preocupación es propor-

cionarse con su reducido comercio de carbón vegetal, goma y maná, ó con el transporte de viajeros, dinero suficiente para comprar en Egipto el trigo que necesitan sus familias. Compréndese, pues, que el camello, indispensable para todos los transportes, es el principal agente de su reducida fortuna. Un beduino dueño de tres ó cuatro camellos se considera rico, y miserable, el que sólo tiene uno.

De sobriedad extraordinaria, apenas tienen otro regalo que el café, ni otro placer que el cigarrillo.

Los beduínos del Sinaí son, en general, apuestos, nervudos, intrépidos, y de maneras graves y dignas.

El vestido de los hombres consiste en una camisa de algodón blanco ceñida por un cinturón de cuero; á la que añaden en invierno el *a'bba*, túnica gruesa de pelos de cabra ó camello de la forma de una dalmática, por lo común con listas negras y blancas; cúbrense la cabeza con un casquete de fieltro rodeado de un turbante blanco.

Las mujeres visten largo y amplio ropaje de algodón azul, y cúbrense la cabeza con un velo. Con sus cabellos, fuertemente trenzados, hacen sobre la frente un cuerno que se adelanta en dirección horizontal unos diez centímetros delante del rostro, se levanta un poco en la extremidad, y termina en una gruesa perla de quincalla. Este singular cuerno sirve para sostener el velo delante de la cara. Fuera de esto, parécense á todas las beduínas de Oriente por el picado del rostro y de las manos, por los numerosos y grandes anillos que se cuelgan en las orejas y la nariz, por el gran número de brazaletes y collares de cobre ó de azabache, y también por su costumbre de llevar los hijitos á la espalda, metidos en una especie de alforjas.

Cuando se encuentran dos beduínos, acércase el uno al otro para abrazarse ó decirse al oído alguna palabra de amistad, como hicieron Moisés y Jetro (1); pero si una beduina encuentra á un hombre, quien quiera que sea, empieza por volverle la espalda, y no le contesta sino en esta orientación, poco favorable ciertamente para conversar.

La mujer permanece en la tienda, y las jóvenes conducen el rebaño á pastar en el monte; tal es su oficio. Sería indigno de un hombre, y aun de un niño, hacer de pastor.

La paciencia de estas buenas gentes es admirable en las numerosas privaciones de su pobreza, en los sufrimientos á veces muy duros del invierno ó de los grandes calores. Nunca se quejan ni retroceden por fatiga más ó menos. No pueden pedirse en un viaje guías y servidores más infatigables y abnegados.

Dícese que son regatones y casi violentos en el comercio; pero una vez estipuladas las condiciones, las observan escrupulosamente, como lo hemos experimentado al partir del monasterio. El monje que trataba con ellos nuestro regreso á Suez, era nuevo en su cargo de ecónomo, de lo que se aprovecharon tan bien que desesperábamos de obtener condiciones aceptables. Sin embargo, todo se arregló al fin á nuestro gusto, y durante el viaje fueron muy serviciales y no pidieron ni un *para* más de lo convenido.

(1) Job, I, 17.

(1) Exod. XVIII, 17.

El robo y el fraude son casi desconocidos entre ellos. Cierta día hallamos en un uadi solitario un manto, un cobertor y un saco de viaje al pie de un árbol junto al sendero. Nuestros camelleros nos dijeron que indudablemente un beduino yendo de viaje dejó allí aquellos objetos para recogerlos á su vuelta.

—Así lo hacemos con frecuencia, añadieron, y nunca nos falta nada.

Por primera vez en nuestras diversas excursiones orientales no ha desaparecido objeto alguno de nuestro mobiliario ó provisiones.

La justicia criminal de estos beduinos se reduce á la ley del tali3n. La sangre derramada se venga con la sangre, seg3n la antigua ley que di3 el Se3or á No3: «Todo el que derrame sangre humana ser3 derramada su sangre, porque á imagen de Dios es hecho el hombre (1).» Cuando se comete un homicidio, el pariente var3n m3s pr3ximo de la v3ctima tiene que hacer todo lo posible para matar al asesino: la obligaci3n es estricta, y no puede sustraerse á ella bajo pretexto alguno. Esta rigurosa *vendetta* tiene la ventaja de hacer muy raros los homicidios.

La muerte trágica de E. Palmer, en el intento de sus asesinos no fu3 m3s que la venganza legal por tres ó cuatro beduinos á quienes dieron muerte los ingleses en los asuntos de Arab3-Baj3, como se supo m3s tarde por un jeque de las tribus vecinas.

La tribu de los djebeliyebs no cuenta m3s que trescientos hombres, y viven no lejos del monasterio, para defender á los monjes en caso necesario. Tienen sangre europea y cristiana, como lo revelan sus rasgos, su porte y sus maneras. Ellos son principalmente los que han conservado las tradiciones mosaicas entre los ind3genas.

En cuanto á religi3n apenas saben de Mahoma y su libro m3s que el nombre; pero, como los antiguos Patriarcas, tienen alta idea de la presencia y de la acci3n de Dios en todas las cosas. Todo lo que sucede, instintivamente lo atribuyen á Dios, como recompensa ó castigo, y á cada paso invocan respetuosamente á Al3. Parece que no costaría mucho convertirlos en cristianos ejemplares. Pero los infelices monjes cismáticos, 3nicos cristianos de estos lugares, no pueden conducirlos al redil del Buen Pastor, puesto que ellos mismos lo ignoran.

XXXVIII

Desde el Sinai á Sarbut el-Khadim

Antes de tomar de nuevo el camino del desierto, nos presentan el libro de los viajeros, para que en 3l inscribamos nuestros nombres. El libro es interesante, pues contiene nombres ilustres y originales observaciones. Aqu3llos son poco numerosos, y la mayor parte en lengua inglesa. En los seis 3ltimos a3os contamos dieciséis ingleses ó americanos del Norte, cuatro alemanes, cuatro rusos, tres franceses, dos italianos, un bel-

ga y un holand3s. A 3stos hay que a3adir unos cincuenta rusos que cada a3o vienen al Sinai por la v3a de Thor, despu3s de haber visitado los Santos Lugares, pero que no escriben sus nombres.

Damos las gracias á nuestros caritativos hu3spedes, dese3ndoles, en recompensa de lo bien que nos han tratado y de su vida austera, la fe cat3lica completa y la uni3n con la Santa Iglesia. Nos confían la voluminosa correspondencia del monasterio para llevarla á Suez, y partimos el 22 de Noviembre de 1889.

Pernoctamos al extremo del bosque de Tarfa, en la suave arena de un claro, rodeado del gracioso follaje de los tamarindos y dominados por altas pe3as.

El d3a siguiente caminamos a3n m3s de tres horas por el uadi ech-Cheik, á la vista del Serbal, que se levanta con imponente majestad. (*V. el grabado de la p3g. 441*). En las monta3as de granito numerosas fajas oscuras, casi todas en direcci3n de Norte á Sur, causan singular efecto; semejan hilos negros flotando sobre olas de lava gris. Las hay que pueden seguirse con la vista en una longitud de muchas leguas. Esas venas de diorita y de p3rfido, m3s duras que las rocas que las rodean, han resistido mejor que el cuerpo de la monta3a á la acci3n del aire y la lluvia, y sobresalen notablemente. Raras veces su espesor excede de tres ó cuatro metros.

Al salir del gran uadi el camino, muy escabroso, sigue por el uadi llamado Solef y otros dirigidos de Este á Oeste. La cuesta que se halla despu3s del uadi Berah es singularmente bella; es un verdadero paisaje de los Alpes, excepto su frescura.

En la hoz, al pie de la colina en forma de cono, empieza el uadi Lebuch, y al abandonarlo para seguir uno de sus afluentes, hallamos un cementerio de beduinos muy bien conservado. Pernoctamos en el uadi Barak, y el d3a siguiente emprendemos la marcha hacia Sarbut-el-Khadim. Dos horas antes de llegar á este punto vemos el djebel-Gharabi. El paisaje cambia completamente de aspecto: vemos el asper3n de Nubia de colores oscuros, extra3os y de cortes singulares, formando faja al rededor de la masa central de las rocas primitivas. El sendero rodea la monta3a á Levante, y termina en una llanura de arena y malezas, dominada á Mediod3a y Poniente por las altas pe3as horizontales que sostienen la meseta de Sarbut-el-Khadim, donde acampamos.

LAS IGLESIAS DE ORIENTE

I

Cu3n pasajeras y efimeras son las glorias y las desgracias humanas, aun las m3s grandes, miradas desde las alturas de Dios! ¡Y c3mo resplandece en toda la delicad3sima trama de las existencias de individuos y familias y razas la providencia de Dios con sus inefables misericordias y sus inexorables justicias! Lev3ntanse en el coraz3n del hombre tempestades que parece van á ser eternas, despi3rtanse odios que se juzga han de ser inextingibles, y ó la tempestad se aleja ó el coraz3n se cansa de luchar y cede, ó estalla y

(1) Genes. ix, 6.



JAPÓN.— Exterior de la habitación de los ainos. (Pág. 441)

desaparece para siempre, sin dejar siquiera ni la huella de un recuerdo. Encuéntrese los pueblos unos contra otros en guerras fratricidas; pero llega un punto en que, cansados de matarse los hermanos, dejan pasar años de olvido sobre las llagas que se van poco á poco cicatrizando, y los hijos de aquellos fratricidas de pasadas centurias, llegan por fin á abrazarse como hermanos, aunque ¡ay! quizás también por muy breve tiempo.

Estas reflexiones nos ocurren al pensar en la Iglesia de Oriente, que tan encarnizada guerra juró á su Madre y Maestra la Iglesia Romana en las épocas de Focio ó Miguel Cerulario, del emperador León el iconóclasta ó de los dos Andrónicos; que tantas veces ha recibido en son de paz á los legados de la Iglesia de Occidente para después seducirlos, como á los del Papa San Nicolás; que en repetidas ocasiones ha simulado el abrazo de reconciliación con la Madre, como en el Concilio de Florencia, para destrozarle en breve el maternal corazón con nuevos y dolorosísimos desengaños.

Pues bien; sea el cansancio que sucede á la lucha, sea la más íntima comunicación y trato con los ejércitos beligerantes en las treguas pacíficas, sea el espíritu de Dios que impele á esas naves próximas á naufragar, en busca del salvamento que únicamente pueden hallar en la barca de Pedro, el pescador de Galilea; sea, por fin, que se alejan los siglos de las divinas venganzas y se aproxima la hora de las misericordias divinas; cierto parece á muchos el movimiento de aproximación, la co-

rriente de simpatía que se nota entre la Iglesia de Oriente y la Romana, como presagio de futura bonanza y reconciliación duradera.

Y los asociados de esta gran Alianza del Corazón de Jesús á que pertenecemos, bien persuadidos estamos, por la manifestación de estos fenómenos providenciales de que el Corazón Divino está interesado en que contribuyamos á la realización de sus amorosos designios sobre el Oriente, en especial con oraciones y limosnas que sostengan las Misiones y obras católicas de aquellas antes privilegiadas regiones.

Debe enfervorizarnos con este fin el recuerdo de las antiguas grandezas que despierta el solo nombre de las Iglesias orientales, y de aquellas regiones consagradas por las primicias de la revelación y de la fe. Ahí está, si no, Antioquía, la más antigua, en donde los fieles se comenzaron á llamar *cristianos*, celebrísima en los fastos de la historia, como lo recordaba el Pontífice reinante en una de sus alocuciones consistoriales, por sus Obispos gloriosísimos, «desde el bienaventurado Pedro hasta el mártir Ignacio, y desde éste hasta el venerable Hermano Ignacio Jorge Scheltord.» Ahí está Jerusalén, donde confluyen todas las típicas grandezas de los antiguos Patriarcas, y resuenan las voces de todos los Profetas, en donde se plantea y desarrolla y finaliza la divina epopeya del Hombre Dios en su vida mortal, y de donde arranca su vida eucarística y gloriosa, sobre cuyo Santo Sepulcro arroja el Occidente las avalanchas regeneradoras de sus ocho formidables Cruza-

das. Ahí está Alejandría, célebre por su antigua escuela, madre del saber helénico, y más célebre aún por sus glorias eclesiásticas, sus memorables Concilios, empresas contra los gnósticos, arrianos, nestorianos, monofisitas y cien monstruos más de herejías, empresas á cuya cabeza resplandecieron los Atenágoras, los Orígenes, los Clementes, los Dionisios, los Atanasios, los Cirilos.

Ahí está Constantinopla, teatro de las más grandes vicisitudes del mundo oriental, donde dió incomparables destellos la sabiduría de un Nacianceno, y se desbordó la elocuencia de un Crisóstomo, y resplandecieron las imperiales virtudes de una Santa Teodora y una Santa Pulqueria. Ahí están las glorias de Cesárea personificadas en un San Basilio, las de Chipre en un San Epi-fanio, y las de los desiertos y yermos transformadas en vergeles del paraíso por los Pablos, los Antonios, los Pacomios, las Marías Egipciacas y las Pelagias.

La consideración del apogeo de gloria y de pujante poder á que se elevó la verdadera fe en las regiones orientales, cotejándola con la espantosa esterilidad y degradante abyección presente, fruto maldito de la rebelión cismática, debe impresionar hondamente nuestros corazones y llevarlos hacia el Corazón de Jesús, implorando su inefable clemencia.

A esto también ayudará, y con más eficacia que toda otra palabra humana, la voz del Vicario de Jesucristo, encomiando las grandezas de los pueblos de Oriente, dirigiéndose á sus Iglesias y exhortándoles á la inspirada y esperada unión. Pues he aquí en qué términos hablaba no hace mucho, de estas Iglesias y con estas Iglesias. Su Santidad León XIII en sus *Letras Apostólicas á todos los príncipes y naciones*.

II

«En primer lugar tendemos la vista con especial entrañable afecto al Oriente, de donde salió y tomó principio la salvación del género humano para derramarse de allí por toda la redondez de la tierra. Si; la ansiosa expectación de nuestros deseos nos infunde alegre esperanza de que no está muy lejos el día en que estas Iglesias orientales, tan esclarecidas por la fe y por la gloria de sus antepasados, tornen al punto de donde se apartaron. Y tanto más confiadamente lo esperamos cuánto que no son muy grandes las diferencias que las separan de nosotros; antes bien, si se exceptúan unas po-

cas cosas, en lo demás de tal manera convenimos, que para la defensa de los dogmas católicos sacamos no pocas veces los testimonios y los argumentos de la doctrina, de la prácticas y de los ritos que son usados hoy en los pueblos de Oriente. Punto principal de la disidencia es el que se refiere al Primado del Pontificado de Roma.

«Pero miren á los orígenes, vean lo que acerca de esto sintieron sus mayores, atiendan á lo que fué enseñado en los tiempos próximamente inmediatos á los principios del Cristianismo, y verán como aquel divino testimonio de Cristo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, resulta allí manifestamente verificado de los Pontífices Romanos; y tanto es así, que no pocos de estos Pontífices fueron elegidos del mismo Oriente, entre ellos Anacleto, Evaristo, Aniceto, Eleuterio, Zósimo, Agatón, la mayor parte de los cuales, después de gobernar sabia y santamente la Iglesia, tuvieron la dicha de consagrarla con el derramamiento de su sangre. Es á todos notorio cuándo, por qué y por quiénes fué principiada y promovida la desventurada discordia. Antes que el hombre separase lo que Dios había unido, en todas las naciones del orbe católico era santo y venerado el nombre de la Sede Apostólica, y tanto el Oriente como el Occidente, con conformidad



JAPÓN.—Tipos ainos. (Pág. 442)

de doctrinas y sin sombra alguna de duda, obedecían al Pontífice de Roma, legítimo sucesor de San Pedro, y como tal Vicario de Jesucristo en la tierra. En confirmación de esto, si queremos averiguar los principios de la disidencia, vemos que el mismo Focio tuvo cuidado de enviar á Roma Legados que negociasen sus asuntos; y por su parte el Sumo Pontífice Nicolás I, sin que nadie se opusiese á ello, envió también desde Roma á Constantinopla sus Legados *que examinasen por sí mismos y con diligencia la causa del Patriarca Ignacio, á fin de dar cuenta de ella á la Santa Sede con pruebas de todo punto completas y veraces*; por manera que toda la historia de los acontecimientos confirma clarísimamente el Primado de la Silla Romana con quien era entonces la disidencia. Finalmente, nadie ignora que tanto en el grande y general Concilio Lugdunense segundo como en el Florentino, todos, así griegos como latinos, de una vez y con espontáneo consentimiento sancionaron como dogma de fe la potestad suprema de los Pontífices Romanos.

«Hemos querido traer á la memoria todas estas cosas deliberadamente y muy de propósito por ser ellas como unas invitaciones al restablecimiento de la paz, y con tanto más motivo cuanto que nos parece al presente ver en los orientales un ánimo más tranquilo y accesible y aun cierta benévola propensión hacia los católicos. Hase visto esto no ha mucho en ciertas ocasiones en que, habiendo algunos católicos ido al Oriente por motivos de devoción, han recibido de ellos pruebas muy señaladas de benevolencia y de amistad.

«Así nuestro corazón se abre hacia vosotros, ¡oh todos los que disentís de la Iglesia católica, ora seáis griegos, ora de cualquier otro rito oriental! Con todo el ardor de nuestra alma deseamos que cada uno de vosotros recuerde y medite aquellas gravísimas palabras y tan llenas de verdadera caridad que dirigía á vuestros padres el cardenal Besarión: *¿Qué podremos responder en el acatamiento de Dios cuando nos pregunte por qué nos separamos de nuestros hermanos, para cuya unión y reducción á un solo rebaño descendió El mismo del cielo, y fué encarnado y crucificado? ¿Cuál podrá ser nuestra defensa en presencia de nuestros venideros? No toleremos tal cosa, ¡oh mis buenos Padres! No abriguemos tal pensamiento; no miremos tan mal por nuestro bien y por el de nuestros hermanos.*

«Fijaos bien y delante de Dios en lo que os pedimos. No es ningún interés humano lo que nos mueve á exhortaros á la reconciliación y unión con la Iglesia Romana, sino el impulso de la divina caridad y el celo de la salvación de todos. Mas esta unión la entendemos plena y perfecta, ya que no podría ser tal la que no trajese consigo más que una cierta vaga concordia en los dogmas que se han de creer y una comunicación en las relaciones de la fraterna caridad. La verdadera unión entre los cristianos es la que quiso é instituyó el Fundador de la Iglesia, Jesucristo, y que consiste en la unidad de la creencia y del gobierno. Con esto no tenéis para que temer que, con motivo de la dicha unión, Nos ó nuestros Sucesores hayan de quitaros nada de vuestros derechos, de los privilegios de vuestros Patriarcas y de los ritos que se usan en vuestras Iglesias parti-

culares; como quiera que haya sido siempre y lo será en adelante punto de la prudencia disciplinar de la Iglesia el dar grande importancia, según es justo y saludable, á los orígenes y á las costumbres propias de cada uno de los pueblos.

«Restablecida y consumada la unión, no es decible la dignidad y el esplendor con que la Bondad divina acrecentará la gloria de vuestras Iglesias. Ojalá, pues, atienda la infinita misericordia de Dios á la plegaria que vosotros mismos le dirigís. *Haz que cesen las divisiones (1), y recoge á los dispersos y torna al camino á los que andan extraviados, y únelos á tu santa, católica y apostólica Iglesia (2).* Ojalá seáis restituidos á aquella una y santa fe, que á nosotros no menos que á vosotros legó la primitiva antigüedad cristiana; fe que idiolablemente guardaron vuestros padres; que ilustraron á porfía con el esplendor de sus virtudes, con la nobleza de sus ingenios, con la excelencia de su doctrina un Atanasio, un Basilio, un Gregorio Nacianceno, un Juan Crisóstomo, los dos Cirilos y otros muchísimos, cuya gloria pertenece igualmente á una y otra Iglesia como herencia común de honor y de grandeza.

«Y aquí sea lícito dirigirnos singularmente á vosotros, ¡oh pueblos todos de la raza esclavónica! la prez de cuyo nombre es testificada por muchísimos monumentos de la Historia. Ya sabéis las grandes cosas que por el bien de los eslavos llevaron á cabo vuestros padres en la fe, los Santos Cirilo y Metodio, cuya gloria no ha muchos años procuramos Nos acrecentar con los honores que les eran merecidamente debidos. Por su influencia y por sus trabajos recibieron la mayor parte de las naciones de vuestra raza los bienes de la cultura y de la salvación cristiana, en virtud de los cuales existió por largo tiempo entre la Esclavonia y los Pontífices Romanos hermosa reciprocidad de beneficios por una parte y de fidelísima devoción por otra. Y si fué desgracia tristísima de los tiempos la que apartó á gran porción de vuestros antepasados de la profesión de la fe romana, considerad las ventajas que os resultarían de la vuelta á la unidad. A este abrazo os invita continuamente la Iglesia, pronta á prodigaros los multiplicados tesoros de bienestar, de prosperidad y de grandeza de que es depositaria.»

III

Oremos en unión del Sumo Pontífice: ofrezcamos nuestras lágrimas y nuestras penas á fin de que los extraviados oigan la voz del Supremo Pastor. ¡Pobre Iglesia de Oriente! Sintiendo está el peso de la indignación de Dios desde que, en castigo de haber sacudido el suave yugo de Cristo, sintió sobre su cuello la coyunda ominosa y la bárbara cimitarra mahometana.

Ocho siglos de humillaciones y de deshonra, ocho siglos de corrupción y de muerte, por rechazar la vivificadora savia del árbol de la Iglesia, ya parecen bastantes para reconocer cuán malo es apartarse del Dios de la verdad y la bondad, Jesucristo, en la persona de su único Vicario en la tierra el Pontífice Romano.

(1) *In liturgia S. Basilii.*

(2) *Ibid.*

Señales se van notando, como decíamos al principio y lo hemos oído de los labios del Pontífice, señales se van notando de que Dios va á tener por fin misericordia de esas ramas desgajadas del gran árbol que plantó el Salvador y va por fin á injertarlas de nuevo.

Aunque el Catolicismo tiene que luchar aún con odios de raza no bien extinguidas, con los temores, sin fundamento alguno que pretextan estas Iglesias, de perder sus respectivas nacionalidades y ritos y costumbres; aunque tiene que habérselas con los millones de libras esterlinas de Inglaterra y con la formidable influencia política del Imperio moscovita, no por eso cesa el Catolicismo en su empeño, antes bien gana visiblemente terreno auxiliado de sus Obispos y Vicarios apostólicos y heroicos misioneros de los más célebres Institutos, y Religiosas de multiplicadas Congregaciones.

Siéntase la irradiación del Corazón de Jesús en todos los países del Oriente á donde llega una siquiera de esas expediciones benditas de imitadores de Javier ó de Hijas de la caridad de Dios; y hace tiempo que esas irradiaciones han llegado hasta el corazón de Constantinopla como hasta el corazón de Atenas, lo mismo á las inhospitalarias costas del mar Negro que á las risueñas islas del mar Jónico, lo mismo á las sombrías quebradas del Líbano que á las apacibles colinas de Nazaret, y van sintiendo su eficaz influencia los armenios y los búlgaros, y los moradores de Servia, los de Montenegro, y la Rumanía y Bosnia, y la Herzegovina, y, en una palabra, cuantos hasta aquí sintieron las consecuencias, primero de la soberbia de Focio y los emperadores de Bizancio, y más tarde las opresiones de los sultanes turcos y los autócratas moscovitas.

Además, la media luna está hace tiempo en su cuarto menguante, y *la cuestión de Oriente*, aunque en suspenso ahora, no ha de tardar quizás mucho en resolverse con el eclipse total de esa media luna, afrenta del Asia y la Europa después de tantos siglos de Cristianismo. Eliminado ese factor que complica el asunto de que tratamos, es de esperar que la Divina Providencia encuentre más allanado el camino para el logro de la unión apetecida. En cuanto á Rusia, el más colosal de los imperios separados de la Iglesia, y cuya espada puesta en la balanza de los destinos del mundo obligaría á inclinar á su lado la balanza, Rusia quizás no esté tan lejos como algunos piensan del centro de unidad romana. Albores de ese día son las conversiones notables que se registran con frecuencia en los anales eclesiásticos.

La comunicación oficial de aquel Gobierno con el Vaticano por medio de su enviado Iswolsky, es un hecho y muy significativo, si se recuerda la anterior tirantez ó más bien ruptura de relaciones. Las mismas iniquidades contra Polonia que todavía se reproducen y sublevan los sentimientos generosos de los católicos en todo el mundo, nos deben recordar que esas persecuciones son martirios, y nada hay más eficaz para recabar gracias de conversión para los opresores de los pueblos que la sangre de sus mártires.

Debemos, pues, exclamar con el P. Schouvaloff, príncipe ruso convertido en humilde Religioso Barnabita: «¡Oh! volverán, volverán esos hermanos queridos... deben volver. No en vano han conservado entre los tesoros de su fe el culto á María, no en vano la invocan...

María será el lazo que unirá las dos Iglesias, y hará de todos los que la aman un pueblo de hermanos bajo la égida paternal del Vicario de Jesucristo...» No en vano —proseguiremos nosotros— en confirmación de esta esperanza formulada algunos años ha, surge entre las mujeres de Rusia y las mujeres de Francia el pensamiento de unión bajo el amparo de María.

Recordemos algunas de las hermosas frases de ese mensaje de amor enviado desde San Petersburgo con motivo de las entusiastas fiestas franco-rusas: «Seamos, dicen, verdaderamente hermanas y fieles servidoras de María. Llénense siempre nuestros corazones de amor á la que venció al demonio, y desarraigará un día el principio del mal que penetra cada vez más y más en el universo. Con Ella no hay que temer ningún enemigo ni espantarse de ninguna calamidad. Unámonos, pues, en una oración común dirigida á María á fin de que proteja nuestras dos naciones, á nuestros padres, á nuestros esposos, á nuestros hijos, á nuestros hermanos; en una palabra, formemos una mutua alianza, la alianza del *Ave María*, alianza puramente espiritual y cuyo fin sea luchar contra el espíritu satánico; la bandera, la imagen de nuestra Madre celestial; la consigna para alistarnos y el grito de guerra, la oración tan hermosa en todas las lenguas del *Ave María*.»

Años atrás no se oía ciertamente este lenguaje entre pueblos enemigos en religión.

Pues demos las últimas pinceladas al cuadro para corroborar nuestra esperanza y avivar nuestros fervores. Nos referimos á la grata memoria del Congreso eucarístico de Jerusalén, verdadera cruzada pacífica con que ha conseguido la Iglesia romana conquistar para sí las simpatías de no pocos hijos pródigos invitados por ella á celebrar las glorias eucarísticas á la sombra del Cenáculo jerosolimitano. El Vicario de Jesucristo recibió entonces en la persona de su cardenal Legado las ovaciones y aclamaciones de todo Jerusalén, incluso los turcos y los judíos.

Y en verdad que las espléndidas manifestaciones de vitalidad de nuestra Iglesia eran muy capaces á remover las fibras de los corazones más insensibles. Los veinticuatro Obispos católicos presididos por el Legado del Papa y rodeado de más de ochocientos peregrinos de diversos países del mundo, asistiendo á las sesiones interesantísimas del Congreso, á las fiestas religiosas celebradas sucesivamente en los ritos latino, griego, siríaco, armenio, eslavo, maronita y copto; tan fraternal unión del Oriente y el Occidente católicos adorando todos en un mismo altar, al mismo augustísimo Sacramento en donde el Corazón de Jesús atraía á sí á todos los corazones con la estrecha lazada de una misma fe, y esperanza y amor; fué como una súbita revelación de las sublimes grandezas de la Iglesia, adornada con tanta variedad y hermosura, y una pública y solemne invitación á la paz y la reconciliación con todos los hermanos, hijos todos de tan Santa Madre.

Para impetrar esta gracia y dar fin á estas indicaciones, nada más á propósito que la súplica con que el Padre Santo, en el documento Pontificio antes citado, se dirige á Jesucristo.

Dice así: «¡Oh Salvador y Padre del linaje humano! Cristo-Jesús, apresúrate, no dilates más el cumplimiento de lo que prometiste que con el tiempo habías de hacer; esto es, que después de ser levantado sobre la tierra, atraerías hacia Ti todas las cosas. Ven, al fin, y muéstrate á las innumerables muchedumbres que están todavía privadas del cúmulo inmenso de bienes que alcanzaste á los hombres con el precio de tu sangre; despierta á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, para que, iluminados con los rayos de tu sabiduría y de tu poder, en Ti y por Ti sean *perfectos y consumados en uno*.»

JULIO ALARCÓN Y MELÉNDEZ, S. J.

EL SANTO ROSARIO EN AMBOS MUNDOS

PUEDE un hombre carecer de algún miembro de su cuerpo sin dejar de ser un ente racional; puede no tener afición á determinadas prácticas de Religión sin dejar de ser cristiano; mas si no abraza el

zaba el Rosario con atención y fervor, se colocaba un Angel algunas veces visible, que iba ensartando en un hilo de oro una rosa por cada *Ave*, y una azucena por cada *Pater*; y que después de haber colocado esa guirnalda tan graciosamente compuesta, en la cabeza del devoto servidor de María, desaparecía dejando suave olor de rosas.

Los reyes de Escocia y los grandes vasallos de su corte llevaban rosarios de granos de oro para preservarse de todo mal; los valientes caballeros de las fronteras vecinas se fabricaban unos más sencillos, con avellanas doradas por el sol de otoño, y nunca lo rezaban con más fervor, dice Lesley, que en sus expediciones contra los ingleses. Los rosarios de oro desaparecieron con la última soberana católica, la infeliz reina María Estuardo: se conservaron, empero, aquellos que los habitantes del Border cogían en los bosques, y se usaron por largo tiempo, á pesar de las arremetidas de la Reforma para ahogar los sentimientos religiosos que hacían que aquellas comarcas fueran el país de los Santos.

Esta fué la última práctica del Catolicismo en Caledonia, y con ella desapareció la antigua Religión de



SIRIA. — Iglesia de Gedaidah. (Pág. 456)

Rosario será algo dudosa su fe, y su alma sin la vida espiritual de la oración del Rosario no tendrá movimiento ni acción para dirigirse al cielo como desea.

La corona, cuyo nombre deriva de guirnaldas de flores, que en la Edad media se usaban para adorno de imágenes, dió su significado á la corona espiritual de María: se decía entonces, y era por cierto una bella y poética creencia, que al lado de cada cristiano que re-

Breve, Wallase y de David I; Religión á la cual Escocia é Inglaterra deben, según lo confesó Cobbet, todo lo más grande que en hombres, ciencias y artes dió esplendor á la Gran Bretaña.

Los georgianos y los italianos se fabricaron también coronas tan económicas como los escoceses, empleando para ello los cuescos de cinamomo, que llaman aún *l'albero dei Paternostri*: el árbol de los *Padre nuestros*:

también se lee que en cierto lugar de Europa había una planta que ofrecía cuentas buenas y formadas. El cielo y la tierra han contribuido siempre á que el Rosario tomara hondas raíces, á fin de que todos los embates de la herejía, ya sea mansa y solapada, ya fiera y arrogante, no puedan arrancarlo del corazón de los creyentes.

La devoción tierna y sincera de nuestros abuelos hacia la Santa Virgen se ha revestido de las formas más suaves y afectuosas. Con hayas sacadas de los arbutos, y con frutos cogidos de los zarzales, se componían guirnaldas religiosas; y se decoraban con su nombre varias flores y plantas del viejo mundo, que recordaron su memoria en los campos y las selvas.

El narciso con la corola bordada de púrpura recibió el nombre de lirio de María; la rosa de Jericó, el sello de Salomón, se convirtieron en rosa y sello de María; la pulmonaria con manchas blancas, se la llamó leche de María; Escocia tomó por emblema su cardo bendito; el árabe cristiano distinguió con el nombre de humo de Santa María, una especie de ajeno con flores blancas; el pastor de las montañas designó con el nombre de hierba de Santa María la menta de los Alpes, el romero y la persicaria; los musulmanes orientales denominan al cyclamen ó pan porcino, oloroso perfume de María; la misma planta lleva en Persia el nombre de mano de María; una planta primaveral de Europa lleva el nombre de manto de María; el arrayán con bayas negras y dulces fué su cordón; las serbas de los Alpes son sus peras, y las alfombras del tomillo silvestre, en que se posa la abeja fatigada, tuvieron también su nombre.

No bastaba todo esto para satisfacer cumplidamente los deseos que tenía el hombre de manifestarse cariñosamente á María; y luego que conoció el Rosario, como el avaro que descubre una rica mina de oro ó un diamante precioso, lo estrechó contra su pecho ardiente de amor por María. Con la velocidad del rayo corrió de un confín al otro del antiguo continente el Rosario, por medio del incansable apóstol Santo Domingo y otros fervorosos amantes de la Santísima Virgen; y no pudiendo tan vasta extensión de terreno contener el grande olor de este árbol misterioso, se difundió por las colonias de más allá de los mares, descubiertas por Cristóbal Colón.

Los misioneros españoles y franceses en pos del religioso Descubridor, embarcándose con una imagen de Nuestra Señora, la alababan é invocaban durante su peligrosa navegación, y la colocaban en decente cabaña formada de ramas de palmera, al llegar al término de su viaje; emprendiendo la civilización de aquellas hordas de salvajes, con la asistencia de la Virgen María, que los hacía fuertes como un ejército ordenado en batalla.

Los Jesuitas, que se apresuraron á surcar los mares para adquirir nuevos y numerosos adoradores á Dios, se dirigieron á las Indias Occidentales con una imagen de María, una cruz y un rosario. Gracias á sus trabajos casi sobrehumanos, vióse á unas gentes salidas de las cuevas de los montes y de la sombra de los espesos bosques, formar pequeñas colonias en que refluoreció el

Cristianismo como en los primitivos tiempos de la Iglesia. Viéronse entonces salvajes ignorantes, que hacía poco se sentaban en un banquete de carne humana, tomar el compás del arquitecto, el cincel del escultor y la paleta del pintor, y levantar con sus manos templos á Dios y capillas á María, bajo la invocación de Nuestra Señora del Rosario, cuyo nombre ponían á muchas de sus hijas en el bautismo, y daban á sus nuevas poblaciones.

El rezo del Rosario era el ejercicio de piedad que mejor acomodaba á aquellos peninsulares, como entre otros muchos misioneros pueden acreditarlo el P. Vieyra, de la Compañía de Jesús: así al entrar la noche, cuando la sombra de los tulipanes y las magnolias se prolongaba en los campos ó en las cabañas, oíase la salutación angélica, repetida en el idioma de los bosques, sobre todas las colinas americanas.

María era la Madre del salvaje, como lo ha sido siempre del europeo; y con la denominación de Reina y Señora del Rosario, era saludada é invocada en el Potosí, á orillas del río de las Amazonas y del de los Hurones; y con igual veneración la adoraban los indios de Ceilán, de Japón y de la China.

Las damas del Mogol, inclinándose ante la Madre de Jesús, la llamaban la gloriosa María. El príncipe de Cachemira le mandaba cirios y presentes de gran valor. El Gran Lama le hizo fabricar una iglesia bajo el título de la Anunciata. Las señoras chinas le ofrecían perfumes y flores; y los japoneses, que pagaron tan caro su entusiasmo por la fe verdadera, rezaban sus largos rosarios de cristal, al atravesar las calles de las ciudades idólatras, llenas de bonzos y de paganos.

Córcega, por un acuerdo solemne se colocó bajo el patrocinio de María, como se había hecho en España, Francia, Flandes, Alemania é Italia; y aquellos famosos capitanes, tan celebrados en la historia de aquella isla, Paoli, Pascual y Clemente, hacían rezar el Rosario de rodillas á sus soldados, antes de entrar en combate. Alguien les hizo observar que exponían á los soldados á una sorpresa, y respondían: *Dejadlos orar, señores*, porque los soldados que oran no saben huir: así se defendían aquellos corzos, como leones, dando ejemplo á los invictos vendeanos, que en tiempo de la república francesa murieron como héroes, quienes habían orado como hijos de María.

X.

EL CAPÍTULO CLI GENERAL DE LA ORDEN SERÁFICA

La Orden Seráfica, á pesar de las vicisitudes porque atraviesa, sigue majestuosa su carrera, asociándose á las glorias y triunfos, á los dolores y trabajos de la Iglesia. Ella celebra sus comicios ó Capítulos generales, como la Iglesia celebra sus Asambleas ó Concilios, para determinar lo que más conviene á la conservación y aumento de la Orden y de la Observancia regular. Ciento cincuenta y un Capítulos generales ha celebrado la Orden desde su fundación, y el último es el celebrado el 3 de Octubre de 1889 en el convento de San Antonio en Roma.

Convocado el Capítulo por el reverendísimo Padre General, con fecha 26 de Abril de dicho año, para el día 3 de Octubre, se reunieron los vocales en Roma en número de 103. La ceremonia de la elección fué imponente. El reverendísimo Padre General con su Definitorio recibió á las puertas de la iglesia al eminentísimo Sr. cardenal Simeoni, protector de la Orden y Presidente del Capítulo. Después de hecha oración se encaminó á la sala Capitular, y tomó asiento en el trono que se le tenía preparado. La sala tenía cincuenta metros de longitud. Los vocales en número de ciento tres tomaron asiento por su orden, y fueron llamados uno por uno. El General que terminaba su tiempo se arrodilló en presencia del eminentísimo señor Cardenal, y entregados los sellos pidió perdón de las faltas cometidas durante su gobierno. El Cardenal lo recibió con benevolencia, y después de algunas frases de gratitud y cariño por el celo que había desplegado durante su gobierno, se cantó el *Veni Creator*. Dicha la oración por el Cardenal, cada cual se presentó delante del trono con el crucifijo en la mano derecha y la cédula ó voto en la izquierda. Al depositarla en la urna hacían juramento de elegir para Ministro General aquel que según Dios creían más apto para el desempeño de tan elevado cargo. Los seis escrutadores elegidos por Su Eminencia procedieron al escrutinio, y contados los votos el Secretario subió al púlpito para anunciar el resultado; y en este primer escrutinio salió elegido por ochenta y seis votos el M. Rdo. P. Luis Canali, de Parma, provincial de la Bolonia. (*V. su retrato en la página 433*). El sonido de las campanas dió á conocer que la Orden tenía nuevo General; y todos los Religiosos, en número de unos quinientos, se dirigieron á la iglesia, en donde cantaron el *Te Deum*, dando gracias á Dios por haberles dado nuevo Ministro General. Este acompañado de dos Religiosos, se postró de hinojos ante el eminentísimo señor Cardenal, Presidente del Capítulo, é hizo juramento de obediencia al Papa, y de observar la Regla y Constituciones de la Orden. El eminentísimo Purpurado le entregó los sellos, le dirigió una tierna exhortación, y bendijo á todos los Religiosos. El nuevo General se retiró á su puesto, y todos los Religiosos se le acercaron para prestarle obediencia. La Asamblea capitular fué una de las reuniones más cordiales que se pueden imaginar.

Los Capitulares se reunieron el 7 para tratar algunos asuntos de la Orden y elegir procuradores, y luego de hecha la elección los Padres Capitulares se dirigieron al Vaticano. El nuevo General besó el pie del Papa y renovó el juramento de obediencia. León XIII le habló en latín, y le dijo: que el carácter distintivo de San Francisco y de su Orden, es la obediencia. Hizo un paralelo entre el siglo XIII y el XIX. En aquél la Providencia se sirvió de San Francisco y Santo Domingo para reformar el mundo, y en éste, sus hijos ayudados de lo alto pondrán un dique á la impiedad. «Dadnos para Roma, decía el Papa, tres Santos como Crispín de Viterbo, San Pedro de Alcántara y San Pascual Bailón, y Nos estaremos contentos.» El 11 se reunieron nuevamente los Capitulares y eligieron Definidores generales.

CRÓNICA

España.—La ilustre villa de Marcilla, que hace un mes presencié la consagración episcopal de un docto y virtuosísimo hijo de San Agustín, el R. P. Fr. Toribio Minguella, que ha de regir la diócesis de Puerto Rico, presencié también ha pocos días otra escena religiosa no menos solemne y conmovedora: la fiesta de despedida de veintiún frailes Recoletos que marchan á evangelizar nuestras apartadas islas Filipinas.

Con un concurso inmenso, en el que se veían muchedumbre de gentes de todos los pueblos próximos, se llenó por completo la anchurosa iglesia del convento, que se hallaba engalanada é iluminada con el mayor gusto y riqueza.

Cantóse la Misa de Mercadante, y el sermón estuvo á cargo del misionero Fr. Julián Marengo, que ocupaba por primera vez la cátedra sagrada, y que tomando tema de aquellas sublimes frases de San Marcos: *Surgite, eamus*, logró hacer una oración verdaderamente elocuentísima por la profundidad del pensamiento y por la brillantez de la palabra, poniendo de relieve los servicios que prestan y el mérito que adquieren los misioneros para con la Religión y la patria, y concluyendo con una sentida y fervorosa exhortación á sus hermanos.

Después, las demostraciones de resignación, conformidad y hasta satisfacción y entusiasmo de las familias, estuvieron en consonancia con las muestras de gozo, sublime caridad y fe ardentísima que animaba á los misioneros todos, ansiosos de ir á sacrificarse por Jesucristo y por España.

Fiestas y escenas son éstas que no se pueden imaginar ni comprender por los que no conocen de cerca el mérito y las virtudes y el patriotismo genuinamente tal que atesoran las Ordenes religiosas.

He aquí los nombres de los expedicionarios:

Padres Simeón Mendoza, José Cardona, Manuel Simón, Julián Moreno y Cornelio García.

Colegiales Pedro Pérez, Marcos Beltrán, Felipe Irigaray, Francisco Cabido, Domingo de Pablo, Paciente Corral, Licinio Ruiz, Benito Condón, Silverio Pérez, Eugenio Gailela, Javier Aoiz, Isidoro Boneta, Joaquín Arriaga, Antonio Bartolomé y José Buitrago.

Hermano Gregorio Manrique.

Francia.—Con fecha del 31 de Agosto escriben á un periódico lo siguiente:

«Como V. sabe, existen en París dos grandes Seminarios destinados á formar misioneros para los países infieles: el Seminario de San Sulpicio y el de Misiones extranjeras, en la *rue du Bac*. Este último es el que, según dicen, está más floreciente, y de donde salen la mayor parte de los misioneros del Tung-king, Cochinchina, Corea, etc., etc. Todos los años parte un buen número de estos benditos apóstoles de la verdad, y su despedida resulta el acto más conmovedor y edificante que puede uno imaginarse.

«La despedida del 29 de Agosto último ha superado á todas las demás, según dicen, por el número de misioneros y por la solemnidad que en tales casos saben inventar y con que atraen de una manera suave y maravillosa los franceses, tanto para lo bueno como para lo malo, según la clase de que se trate.

«Tuve la gran dicha de asistir á todas las ceremonias, y por cierto que no me ha pesado. A las tres en punto de la tarde una campana hizo la señal para reunirse en un patio la Comunidad con los misioneros y un buen número de personas invitadas, empezando á cantar los himnos de despedida delante de la capillita que tienen situada en una esquina del patio. Dichos cánticos eran tan tiernos y entusiastas al mismo tiempo, que á todos hacían derramar abundantes lágrimas.

«Siguió después el cántico del *Magnificat* (que en Francia sabe de memoria todo fiel cristiano) y las Letanías, repitiendo tres veces con fervor edificante el *Regina Apostolorum, Regina Confessorum, Regina Martyrum... ora pro nobis*. Acto seguido se dirigen todos á la iglesia para dar principio á otro aun más con-

movedor y edificante. Cantado el salmo *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*, uno de los Padres más autorizados dirige á los misioneros una tiernísima plática de despedida, exponiéndoles aquellas palabras de Jesucristo: *He ahí que Yo os envío para que vayáis por todo el mundo, llevéis fruto sazonado y este fruto sea duradero... sabed que la mies es mucha, y pocos los obreros*. Les habló de los trabajos del misionero, de sus obligaciones, del consuelo que les resulta de llevar la cruz de Nuestro Señor Jesucristo... los triunfos, en fin, que habían de conseguir hasta derramar la sangre por nuestro Salvador, de lo cual tenían tantos ejemplos que imitar en muchos compañeros suyos, educados en la misma casa, y de todos los cuales conservan y veneran en el mismo Seminario las reliquias é instrumentos del martirio. Terminada la plática se colocaron en fila los dieciséis misioneros, y todo el concurso de sacerdotes y seglares se fué acercando uno por uno para besar los pies y darles el abrazo de despedida, cantando el coro el *Quam speciosi pedes evangelizantium* y el *Benedictus*.

«Esta tiernísima ceremonia, capaz de arrancar lágrimas á los más obsecados, menos á los mismos misioneros, que mostraban una decisión y un valor heroicos, duró cerca de dos horas, terminándose todo el acto con el *Salut* ó la bendición de Su Divina Majestad, ante la cual hicieron todos los misioneros la profesión de fe con voz firme y acento conmovedor.

«Tal es la escena conmovedora y el acto trascendental que acaba de verificarse en el Seminario de Misiones Extranjeras de París, escena que ha producido en todos los asistentes una de las impresiones más gratas de la vida.»

Corea.—China contribuyó á la introducción del Catolicismo en Corea.

Era en 1783. Un joven llamado Ji, hijo de un mandarín ilustre de Corea, acompañó á su padre á Pekín para llevar al emperador el tributo anual. Deseaba con ansia estudiar matemáticas, y se dirigió á los misioneros europeos, que le instruyeron además en el Catolicismo, viendo sus buenos sentimientos, y en 1784 recibió el bautismo, que le administró el P. Chislain, de la Congregación de San Vicente de Paúl. De regreso á Corea propagó el Catolicismo, hasta reunirse en menos de cinco años cuatro mil católicos. Hoy ascienden á quince mil, y en 21 de Septiembre de 1890 fué consagrado, el Ilmo. Martel, vicario apostólico de la Corea. Hay un Seminario, un asilo de huérfanos con 150 niños y un hospicio indígena con unos cuarenta ancianos. El P. Juan Marie Josean, que fué asesinado el 14 del pasado Julio por soldados chinos, fué á Corea en 1888. En 1892 una bandada de indígenas le dejó medio muerto y mal herido cuando pasaba por el gran mercado en Ksin-Tcheyem, gritando furiosos: «Muera el europeo.» Hay en Corea de quince á veinte residencias de misioneros y cuatro escuelas, á las que concurren trescientos niños.

Africa.—Según una carta del Rdo. P. Gacón, misionero en Uganda, la predicación del Catolicismo en aquel territorio avanza con éxito á pesar de las contrariedades con que se lucha en un país como aquél, en donde los musulmanes por un lado y los protestantes por otro dificultan la propagación de nuestra Religión.

Por los datos que en la carta cita, aparece que en dos años han conseguido cristianizar aquellas Misiones cerca de cuatro mil indígenas. En la época de la Pascua llegaron á dos mil las Comuniones, y sólo en un día bautizó el mismo P. Gacón ciento setenta y nueve, entre adultos y niños.

Consuelen el ánimo estas cifras, y predisponen, si no lo estuviera ya, en favor de los esfuerzos que á costa de muchos mártires están haciendo las Congregaciones religiosas en los países más salvajes é insalubres del Africa.

Estados Unidos.—Leemos en la *Revista Católica* de Las Vegas (Estados Unidos):

«Nuestros imprudentes estadistas que quisieran ver las escuelas católicas indias privadas de todo auxilio de parte del Gobierno, han debido quedar sorprendidos con motivo del Congreso católico indio que se ha verificado últimamente en la Dakota del Sur.

«Cosa de cuatro mil de esos indígenas, arrancados á la vida salvaje por los esfuerzos de los Jesuitas y de los Benedictinos, se juntaron en un lugar sito á noventa millas al Nordeste de Pierre, bajo la dirección del ilustrísimo señor obispo Marty y de buen número de otros celosos misioneros. Los indios vestían todos como los blancos, y su comportamiento en el Congreso no fué diferente del de los hombres civilizados y amantes del orden y el decoro.

«¡Qué escena tan conmovedora el oírles cantar himnos sagrados en su idioma natal, al par que marchaban procesionalmente tras los estandartes de sus Sociedades de Santa María y de San José!

«Entre las resoluciones que se adoptaron en dicho Congreso, merece ser reproducida la siguiente: «Aprovechamos la oportunidad para decir una palabra de amor y gratitud hacia nuestro «país y nuestra bandera, y expresar nuestro sincero deseo de ser «ciudadano de los Estados Unidos tan pronto como el tiempo y «las circunstancias lo permitan.»

«Ahí tienen Vds. religión, civilización y patriotismo. ¡Y los protestantes abogan por la supresión de las escuelas católicas indias de donde mana tanto bien! ¡Oh envidia! ¡Oh fanatismo!

«Afortunadamente ya fué á pasearse su dócil instrumento, el Rdo. Mr. Morgan, el que fué comisionado de negocios indios bajo Harrison.»

VARIEDADES

LAS CATACUMBAS DE ROMA

No hay tal vez en la Ciudad Eterna monumento de más subido interés que las Catacumbas. Una visita á las mismas deja al peregrino un recuerdo permanente. El alma herida por el desengaño y la tristeza, en el fondo de las Catacumbas percibe luego el rayo de luz de la inmortalidad, y se siente renacer á un orden de ideas más elevado que el que inspiran el Anfiteatro y las Termas de Caracalla. El filósofo, el erudito, el hombre de estudio y de arte tienen allí delante de los ojos la viva aparición de las primeras edades del Cristianismo; la teología va leyendo, como en un catecismo auténtico, la historia de los dogmas; la poesía halla escrito el himno permanente de la oración; la cronología baja en busca de fechas precisas y de datos irrefragables; la crítica y la ciencia lapidaria reconocen en las Catacumbas su escuela y su archivo; las artes ostentan allí su más preciado tesoro. La clara fuente del antiguo bantisterio, preservado de todo uso profano, mana todavía apacible y pura como la gracia de que es emblema; la larga fila de luces de los viajeros, que uno tras otro recorren las fúnebres galerías, figura aún las procesiones silenciosas de los antiguos cristianos, cuando llevaban el cuerpo de un mártir junto á la morada de otro. Durante quince siglos ningún ruido del mundo resonó en aquellos subterráneos, ni ningún eco turbó su paz.

Las Catacumbas son unas galerías abiertas en las entrañas de la tierra por los primeros cristianos para depositar sus muertos, para ejercer su culto y para refugiarse durante las persecuciones. En un principio sólo se dió este nombre á las criptas de la vía Apia; pero después se hizo extensivo á todos los cementerios subterráneos de Roma y su campiña, que, formando una inmensa necrópolis debajo y en torno de la ciudad, denomináronse *Roma subterránea*.

No bajan de sesenta, según el P. Marchi, dichas Catacumbas, y De Rossi dice ocupan una zona de dos ó tres kilómetros en torno de la ciudad, formando una red complicadísima de galerías, rectas á trechos, tortuosas en su mayor extensión, cortadas en mil sentidos, para desorientar al más avisado, y distribuidas en pisos superpuestos, frecuentemente en número de tres, á veces de cuatro y aún cinco; si bien no llega la más profunda á veinte ó veinticinco metros debajo del nivel del suelo. Colocados en línea recta aquellos corredores, de ochenta centímetros de anchura media, formarían una calle de mil doscientos kilómetros de largo con seis millones de sepulcros. Estos están abiertos en las paredes á uno y otro lado, horizontalmente y unos sobre otros, desde tres hasta doce, según la altura de las galerías y la solidez del terreno, á manera de los nichos de nuestros cementerios.

En las Catacumbas se ejercían también los actos del culto cuando la tiranía de los emperadores cerraba los templos cristianos ó los destruía. Por esto hállanse á cada paso interrumpidos los corredores con criptas, ó más bien iglesias, donde se congregaban los fieles para asistir al Sacrificio incruento, oír la palabra divina, cantar los salmos y recibir los Sacramentos. (*V. el grabado de la pág. 444*). Ofrecen muchas de ellas un modelo acabado de las basílicas primitivas: en las mayores el altar álzase en medio del presbiterio, con objeto de dejar libre en el ábside sitio para la cátedra episcopal; en las más pequeñas el altar era el *arcosolium*, ó sepulcro colocado debajo de un arco, del cual dan idea bastante aproximada los altares abiertos en los muros de muchas de nuestras actuales iglesias. No deben confundirse las criptas-iglesias con las cripta-cubícula. Estas, de variadísimas formas, no eran otra cosa que cámaras sepulcrales de familia. Unas y otras suelen estar revestidas de estuco, adornadas de pinturas muy devotas, y algunas ventiladas é iluminadas por pequeños agujeros llamados *luminaria cryptae*. En circunstancias difíciles, por ellos se bajaban los cadáveres. Pero ordinariamente eran ciegas, sin más luz que la de las lámparas de bronce, suspendidas de la bóveda por cadenillas del mismo metal. Para que los fieles no se extraviasen en aquel inextricable dédalo de túneles, colocábanse de trecho en trecho lamparillas de barro en repisas ó nichos semicirculares que aun conservan el humo.

Finalmente, las Catacumbas servían de momentáneo refugio á los cristianos cuando más arreciaban las persecuciones. A ellas descendían entonces los Papas, los individuos del clero y todos los fieles que por su posición eran más conocidos, y objeto de más sañuda persecución. Recuérdese el martirio de San Sixto II, muerto en las Catacumbas, donde fueron á sorprenderle los verdugos.

Algunos de los hermosos frescos que se ven en aquellas necrópolis augustas, remóntanse á los primeros días de la Iglesia. Ninguna de ellas es anterior á Jesucristo, pero no todas son del siglo I, pues los cristianos, cada día más numerosos en Roma, las fueron abriendo en los tres siglos de persecución, y aun después de dada la paz á la Iglesia se excavaron otras al lado de las antiguas, en las cuales era considerada como inapre-

ciable dicha ocupar un puesto al fin de los días, junto á los héroes que habían derramado su sangre por la fe de Cristo.

Las investigaciones que se verifican actualmente en las Catacumbas han producido ya el descubrimiento de documentos del más alto interés para la historia de los primeros siglos de la Iglesia.

La Comisión de Arqueología Sagrada ha descubierto en el cementerio de Priscila numerosas inscripciones, ya grabadas en mármol, ya pintadas de rojo sobre la piedra; estas últimas, adornadas con símbolos, como el áncora, el pez, el navío, la imagen del Buen Pastor y la Cruz monogramática, es decir, con el monograma de Cristo. Recientemente los arqueólogos han descubierto la cámara sepulcral de los dos hermanos Proto y Jacinto, martirizados durante la persecución de Valeriano.

LA IGLESIA DE GEDAIDAH, EN SIRIA

La catedral construida en Gedaidah por el Ilmo. Geragiry, obispo greco-melquita de Paneas, mide veintinueve metros de largo, por dieciocho de ancho y catorce de alto, y está coronada por una cúpula octógona que remata en una cruz. La sostienen cuarenta pilares; y en los ángulos cuatro campanarios, figura de los cuatro Evangelistas, llaman los fieles á la oración.

Todo es simbólico en las iglesias griegas, como todo es poético y lleno de imágenes en Oriente: hay tres puertas, en honor de la Santísima Trinidad; diez ventanas, para recordar los diez mandamientos, y doce tragaluces, como había doce Apóstoles. Sobre la puerta principal un Evangelio de mármol tiene escritas en griego y en árabe estas palabras: «Tú eres Pedro, etc.,» y debajo: «Yo soy la puerta; quien entre por Mí será salvo.» En lo alto de la puerta hay el monograma de Cristo, y el *alpha* y la *omega*. Hay además dos puertas laterales con adornos simbólicos.

El altar mayor está dedicado á San Pedro, patrón de la diócesis, de la iglesia y del Obispo; el de la derecha á San Nicolás de Mira, el de la izquierda á San José, y entre ellos dos *protheses* (altares para la preparación del Santo Sacrificio). A cada lado se halla una sacristía, y sigue otro altar, dedicado el de las mujeres á Nuestra Señora Libertadora. Frente del *iconostasis* hay la silla de coro del Obispo: el púlpito está á la izquierda. El trono pontifical hállase en el fondo del ábside, detrás del altar mayor. Asimismo frente del *iconostasis* hay una alta balaustrada formando semicírculo, destinada á recibir veinticuatro lámparas, símbolo de los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Por último, á izquierda, la puertecita para los hombres, y en el mismo lado, además de las fuentes bautismales, un altarcito adosado al pilar y dedicado á San Pedro, que los orientales veneran siempre al entrar en la iglesia.

Un paseo de doce metros y medio de anchura rodea la iglesia, y permite hacer la procesión del Santísimo Sacramento.